

David Harvey

Ciudades rebeldes
Del derecho de la ciudad
a la revolución urbana

Traducción de
Juanmari Madariaga



Reservados todos los derechos.

De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270

del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes sin la preceptiva autorización reproduzcan, plagien, distribuyan o comuniquen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Título original: *Rebel Cities. From the Right to the City to the Urban Revolution*

© David Harvey, 2012

© Ediciones Akal, S. A., 2013
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996

Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-3799-6

Depósito legal: M-8.833-2013

Impreso en Gráficas Varona, S. A.
Salamanca

CAPÍTULO DOS

Las raíces urbanas de las crisis capitalistas

En un artículo publicado en el *New York Times* el 5 de febrero de 2011 con el título «Housing Bubbles Are Few and Far Between», Robert Shiller, economista al que muchos consideran el mayor experto estadounidense en cuestiones de vivienda dado su papel en la elaboración del índice Case-Shiller sobre el precio de la misma, intentaba tranquilizar a todos afirmando que la reciente burbuja inmobiliaria era un «acontecimiento infrecuente, que no se repetiría en muchas décadas». La «enorme burbuja inmobiliaria» de principios de siglo «no se puede comparar con ningún ciclo nacional o internacional en ese sector. Las anteriores burbujas fueron menores y más regionales». Los únicos antecedentes equiparables, aseguraba, fueron las burbujas del precio del suelo en Estados Unidos a finales de la década de 1830 y durante la de 1850¹.

Como demostraré, se trata de una lectura asombrosamente equivocada y peligrosa de la historia del capitalismo. El hecho de que haya pasado tan inadvertida atestigua un punto ciego muy serio en el pensamiento económico contemporáneo, que desgraciadamente parece darse igualmente en la economía política marxista. La crisis de la vivienda en Estados Unidos en 2007-2010, aunque haya sido más profunda y más larga que la mayoría –de hecho, bien puede marcar el fin de una era en la economía estadounidense–, no carecía de precedentes en su relación con las perturbaciones macroeconómicas del mercado mundial, y hay señales de que está a punto de repetirse.

¹ Robert Shiller, «Housing Bubbles are Few and Far Between», *New York Times*, 5 de febrero de 2011.

La economía convencional trata rutinariamente la inversión en el entorno construido en general, y en la vivienda en particular, así como la urbanización, como algo marginal con respecto a los asuntos supuestamente más importantes que se desarrollan en una entidad ficticia llamada «la economía nacional». El subcampo de la «economía urbana» es pues un tema al que se dedican economistas de segunda fila, mientras que los más brillantes aplican sus habilidades macroeconómicas en otros terrenos, e incluso cuando prestan atención a los procesos urbanos, los presentan como si las reorganizaciones espaciales, el desarrollo regional y la construcción de ciudades fueran meros resultados de procesos a mayor escala que no se ven afectados apenas por lo que producen². Así, en el *Informe sobre Desarrollo del Banco Mundial* de 2009, que por primera vez se tomó en serio la geografía económica y el desarrollo urbano, los autores no parecían pensar que nada pudiera ir tan catastróficamente mal como para detonar una crisis en el conjunto de la economía. Escrito por economistas (sin consultar a geógrafos, historiadores o sociólogos urbanos), su propósito era supuestamente explorar la «influencia de la geografía en las oportunidades económicas» y elevar «el espacio y el lugar, de meras cuestiones secundarias, a un papel más importante».

Sus autores se esforzaban de hecho por demostrar que la aplicación de los paradigmas habituales de la economía neoliberal a los temas urbanos (como dejar al estado fuera de la tarea de regular seriamente los mercados del suelo y la propiedad inmobiliaria y minimizar las intervenciones de la planificación urbana, regional y espacial en pro de la justicia social y de la igualdad regional), era la mejor de forma para aumentar el crecimiento económico (con otras palabras, la acumulación de capital). Aunque tenían la

² Es bastante sorprendente –dice Charles Leung en «Macroeconomics and Housing: A Review of the Literature», *Journal of Housing Economics* 13 (2004), pp. 249-267–, que sean tan escasos el solapamiento y la interacción entre los textos sobre macroeconomía y sobre la vivienda.

decencia de «lamentar» no disponer del tiempo y el espacio suficiente para explorar en detalle las consecuencias sociales y medioambientales de sus propuestas, creían simplemente que las ciudades que proporcionan

mercados fluidos para el suelo, la propiedad inmobiliaria y otras instituciones de apoyo –tales como la protección de los derechos de propiedad, la ejecución obligada de los contratos y la financiación de la vivienda–, prosperarían probablemente con el tiempo a medida que se modificaran las necesidades del mercado. Ciudades con éxito han relajado las leyes sobre las zonas para permitir a los usuarios con mayores recursos apostar por el suelo valioso y han adoptado nuevas regulaciones de uso para adaptarse a su papel, que va cambiando con el tiempo³.

Pero el suelo no es una mercancía en el sentido más corriente de la palabra. Es una forma ficticia de capital que deriva de las expectativas de futuras rentas. El intento de maximizar su rendimiento ha expulsado durante los últimos años de Manhattan y del centro de Londres a las familias de bajos o moderados ingresos, con efectos catastróficos sobre las disparidades de clase y el bienestar de las poblaciones menos privilegiadas. Eso mismo es lo que ejerce una presión tan intensa sobre el suelo de alto valor en Dharavi (Bombay), un barrio de chabolas poblado por alrededor de un millón de habitantes que el informe caracteriza correctamente como un ecosistema productivo humano. En resumen, el informe defiende el fundamentalismo de mercado que ha dado lugar al terremoto macroeconómico por el que acabamos de pasar (aunque siga manifestando réplicas) al tiempo que ha generado movimientos sociales urbanos de oposición a la gentrificación, a

³ *World Development Report 2009: Reshaping Economic Geography*, Washington DC, World Bank, 2009; David Harvey, «Assessment: Reshaping Economic Geography: The World Development Report», *Development and Change Forum 2009* 40/6 (2009), pp. 1, 269-278.

la destrucción del medio ambiente y al uso de las expropiaciones (o de métodos más brutales) para desalojar a los residentes y permitir un uso más rentable del suelo.

Desde mediados de la década de 1980 la política urbana neoliberal (aplicada, por ejemplo, en toda la Unión Europea) concluyó que la redistribución de la riqueza a las barriadas, ciudades y regiones menos aventajadas era inútil, y que los recursos debían canalizarse por el contrario hacia los polos de crecimiento «empresariales» más dinámicos. Una versión espacial del «goteo» se encargaría de resolver, en el proverbial largo plazo (que nunca llega) esas lamentosas desigualdades regionales, espaciales y urbanas. ¡Entregar la ciudad a los promotores y especuladores financieros redundante, según ese mantra, en beneficio de todos! Si el estado chino hubiera liberalizado el uso del suelo en sus ciudades, entregándolo a las fuerzas del libre mercado –aseguraba el informe del Banco Mundial–, su economía habría crecido aún más rápidamente.

El Banco Mundial favorece abiertamente al capital especulativo por encima del pueblo. Nunca cuestiona la idea de que a una ciudad le puede ir bien (en términos de acumulación de capital) aunque a su población (aparte de un sector privilegiado) y al medio ambiente les vaya mal. Aún peor, el informe es profundamente cómplice de las políticas que fomentaron la crisis de 2007-2009, lo que resulta particularmente llamativo ya que se publicó seis meses después de la bancarrota de Lehman Brothers y aproximadamente dos años después de que el mercado estadounidense de la vivienda se ensombreciera y comenzara el tsunami de los desahucios. Se nos dice, por ejemplo, sin un asomo de comentario crítico, que

desde la desregulación de los sistemas financieros en la segunda mitad de la década de 1980, la financiación de la vivienda con criterios de mercado se ha expandido rápidamente. Los mercados de hipotecas residenciales equivalen ahora en los países desarrollados a más del 40 por 100 del producto interior bruto (PIB), pero en los países en desarrollo es mucho más pequeño y en promedio no llega al 10

por 100 del PIB. El papel de los gobiernos debería consistir en estimular una participación privada bien regulada [...] Establecer los fundamentos legales para contratos hipotecarios simples, ejecutables y prudentes sería un buen comienzo. Cuando el sistema de un país está más desarrollado y es más maduro, el sector público puede alentar un mercado hipotecario secundario, desarrollar innovaciones financieras y expandir la titulización de las hipotecas. Las viviendas que son propiedad de sus ocupantes, habitualmente el mayor activo con mucho de una familia, es importante en la creación de riqueza, la seguridad social y la política. La gente propietaria de su vivienda o que goza de una tenencia segura suele participar más activamente en su comunidad y es por tanto más probable que presione por una disminución del crimen, una gobernanza más fuerte y mejores condiciones medioambientales locales⁴.

⁴ *World Development Report*, cit., p. 206. Tres de los autores del Informe respondieron más tarde a las críticas de los geógrafos, pero eludieron cualquier consideración de las críticas más básicas que yo había planteado (como la de que «la tierra no es una mercancía» y que existe una relación no examinada entre las crisis macroeconómicas y las políticas de la vivienda y la urbanización), aduciendo sorprendentemente que todo lo que yo argumentaba realmente era «que la reciente crisis de las hipotecas *subprime* en Estados Unidos implica que la financiación de la vivienda no sirve en absoluto para atender a las necesidades de cobijo de los pobres en los países en desarrollo», y que esto quedaba, en su opinión, «fuera del ámbito del Informe». Ignoraron, pues, absolutamente los fundamentos de mi crítica. Véase Uwe Deichmann, Indermit Gill y Chor-Ching Goh, «Texture and Tractability: The Framework for Spatial Policy Analysis in the *World Development Report 2009*», *Cambridge Journal of Regions, Economy and Society* 4/2 (2011), pp. 163-174. El único grupo de economistas que han reconocido desde hace tiempo la importancia de que «los valores inmobiliarios y de la construcción hayan subido considerablemente poco antes de las principales depresiones» y hayan «desempeñado un importante papel en el desarrollo de la burbuja y la subsiguiente implosión», es el de los seguidores de Henry George, que desgraciadamente son también ignorados totalmente por los principales economistas. Véase Fred Foldvary, «Real Estate and Business Cycles: Henry George's Theory of the Trade Cycle», ponencia presentada en la Lafayette College Henry George Conference, 13 de junio de 1991.

Esas aseveraciones resultan bastante asombrosas dados los recientes acontecimientos. Dan pábulo al negocio de las hipotecas-basura, alentado por mitos de fácil asimilación sobre los beneficios de la propiedad de la vivienda para todos y el hacinamiento de hipotecas tóxicas en CDOs altamente valoradas para ser vendidas a inversores ingenuos. Promueve la proliferación de urbanizaciones periféricas que consumen mucho más suelo y energía de lo que sería razonable para la sostenibilidad del planeta como hábitat para la población humana. Los autores podrían argüir plausiblemente que no entraba en sus atribuciones relacionar el tema de la urbanización con el problema del calentamiento global. Al igual que Alan Greenspan, podrían argumentar también que les habían pillado por sorpresa los acontecimientos de 2007-2009 y que no cabía esperar que anticiparan ningún problema en el escenario rosado que pintaban. Al insertar los términos «prudente» y «bien regulado» en su argumentación se habían «protegido», por decirlo así, frente a posibles críticas.

Pero dado que citan innumerables ejemplos históricos, «prudentemente elegidos» para apuntalar sus tesis neoliberales, ¿cómo se les pudo pasar que la crisis de 1973 se inició con un *crac* del mercado global inmobiliario que provocó la quiebra de varios bancos? ¿No se dieron cuenta de que la crisis de «Asociaciones de Crédito y Ahorro» [Savings and Loans] de finales de la década de 1980 en Estados Unidos, inducida igualmente por las Sociedades de Crédito Inmobiliario, dio lugar al hundimiento de cientos de instituciones financieras costándoles unos 200 millones de dólares a los contribuyentes estadounidenses (una situación que irritó tanto a William Isaac, entonces presidente de la Corporación Federal de Seguro de Depósitos [*Federal Deposit Insurance Corporation*, FDIC], que en 1987 amenazó a la Asociación de Banqueros Americanos con la nacionalización si no enmendaban su comportamiento)? ¿Que el final del *boom* japonés en 1990 (del que Japón todavía no se ha recuperado) fue provocado por una caída vertiginosa de los precios del suelo? ¿Que el sistema bancario sueco tuvo que ser nacionalizado en 1992

como consecuencia de los excesos en el mercado inmobiliario? ¿Que uno de los desencadenantes del colapso en el este y suroeste de Asia en 1997-1998 fue el excesivo desarrollo urbano en Tailandia?⁵.

¿Dónde estaban los economistas del Banco Mundial mientras sucedía todo esto? Desde 1973 ha habido cientos de crisis financieras (mientras que antes eran mucho menos frecuentes), y buen número de ellas han sido provocadas por el desarrollo inmobiliario o urbano. Casi cualquiera que se hubiera puesto a pensar sobre ello –incluyendo, al parecer, a Robert Shiller– sabía que algo estaba yendo muy mal en el mercado de la vivienda estadounidense a partir de 2001, poco más o menos, pero creían que era algo excepcional, no sistémico⁶.

Shiller podría argüir, por supuesto, que todos los demás ejemplos mencionados eran meros acontecimientos regionales. Pero entonces, desde el punto de vista de los brasileños o los chinos, también lo era la crisis de la vivienda de 2007-2009. Su centro fue el suroeste de Estados Unidos y Florida (con algunas repercusiones en Georgia), junto con otros puntos calientes (la crisis de ejecuciones hipotecarias que comenzó a finales de la década de 1990 en áreas pobres de ciudades antiguas como Baltimore y Cleveland era demasiado local y «poco importante» porque los afectados eran en su mayoría afroamericanos y miembros de las minorías). Internacionalmente, España y Irlanda se vieron muy golpeadas, y

⁵ Graham Turner, *The Credit Crunch: Housing Bubbles, Globalisation and the Worldwide Economic Crisis*, Londres, Pluto, 2008; David Harvey, *The Condition of Postmodernity*, Oxford, Basil Blackwell, 1989, pp. 145-146, 169 [ed. cast.: *La condición de la posmodernidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 1998].

⁶ Cfr. David Harvey, *The New Imperialism*, Oxford, Oxford University Press, 2003, p. 113 [ed. cast.: *El nuevo imperialismo*, Madrid, Akal, 2004, p. 95], donde yo apuntaba que «alrededor del 20 por 100 del crecimiento por parte del PIB estadounidense en 2002 se podía atribuir a la refinanciación por parte de los consumidores de su deuda hipotecaria», y que «suscitan mucha preocupación las eventuales consecuencias que podrían derivarse del pinchazo de esa burbuja de la propiedad inmobiliaria».

también Gran Bretaña, aunque en menor medida; pero no hubo serios problemas en los mercados inmobiliarios de Francia, Alemania, los Países Bajos o Polonia, ni en aquel momento en el conjunto de Asia.

Pero una crisis regional centrada en Estados Unidos se iba a globalizar, evidentemente, de una forma mucho más notoria que en los casos de, digamos, Japón o Suecia a principios de la década de 1990. Ya la crisis de Savings & Loans en 1987 (el año en que también se produjo una severa caída bursátil juzgada, erróneamente, como un incidente sin ninguna relación) tuvo ramificaciones globales. Lo mismo cabe decir de la muy subestimada crisis del mercado inmobiliario global a principios de 1973. La opinión predominante es que lo más importante de aquel año fue el enorme aumento del precio del petróleo en otoño; pero el *crac* inmobiliario le precedió en seis meses y la recesión estaba ya en marcha en otoño (véase la figura 1). El *crac* del mercado inmobiliario dio lugar (por obvias razones de ingresos) a la crisis recaudatoria de algunos estados (lo que no habría sucedido si la recesión solo hubiera sido provocada por el precio del petróleo). La subsiguiente crisis fiscal de la Ciudad de Nueva York en 1975 fue enormemente importante porque en aquel momento controlaba uno de los mayores presupuestos públicos del mundo (provocando ruegos del presidente francés y del canciller federal alemán occidental de que se rescatara a la ciudad para evitar una implosión global de los mercados financieros). Nueva York se convirtió entonces en el centro de invención de prácticas liberales para premiar el «riesgo moral» de los bancos de inversión y hacer que la gente corriente pagara la reestructuración de los contratos y servicios municipales. El impacto del *crac* inmobiliario más reciente también ha provocado la bancarrota virtual de estados como California, provocando enormes tensiones sobre las finanzas de gobiernos estatales y municipales y el empleo público en prácticamente todo Estados Unidos. La historia de la crisis fiscal de la ciudad de Nueva York en la década de 1970 parecía presagiar fantasmáticamente la del

estado de California, que hoy día tiene el octavo presupuesto público mayor del mundo⁷.

La Oficina Nacional de Investigación Económica ha desenterrado recientemente otro ejemplo del papel de los *booms* inmobiliarios en la génesis de severas crisis del capitalismo. A partir de un estudio de los datos de la propiedad inmobiliaria en la década de 1920, William Goetzmann y Frank Newman «concluyen que los títulos inmobiliarios emitidos por las autoridades afectaron a la actividad constructora en la década de 1920 y que el hundimiento de su valor pudo inducir, mediante el mecanismo del ciclo de garantías, la subsiguiente crisis bursátil de 1929-1930». Con respecto a la vivienda, Florida era, entonces como ahora, un centro de intenso desarrollo especulativo, donde el valor nominal de un edificio pudo incrementarse hasta un 8.000 por 100 entre 1919 y 1925. A escala nacional, las estimaciones del aumento del precio de la vivienda durante el mismo periodo rondan el 400 por 100. Pero esto era una minucia comparado con el desarrollo comercial centrado casi enteramente en Nueva York y Chicago, donde se tramaron para alimentar el *boom* todo tipo de apoyos financieros y procedimientos de titulización «sin paralelo hasta mediados de la década de 2000». Aún más expresivo es el gráfico elaborado por Goetzmann y Newman sobre la construcción de rascacielos en Nueva York (véase la figura 2). Los *booms* de la construcción que precedieron a los *cracs* de 1929, 1973, 1987 y 2000 sobresalen como puntas de lanza. Los grandes edificios que vemos a nuestro alrededor en la ciudad de Nueva York, señalan patéticamente, representan «algo más que un movimiento arquitectónico; fueron en gran medida la manifestación de un fenómeno financiero generalizado». Recordando que los títulos inmobiliarios eran du-

⁷ William Tabb, *The Long Default: New York City and the Urban Fiscal Crisis*, Nueva York, Monthly Review Press, 1982; David Harvey, *A Brief History of Neoliberalism*, cit.; Ashok Bardhan y Richard Walker, «California, Pivot of the Great Recession», Berkeley, Institute for Research on Labor and Employment, 2010.

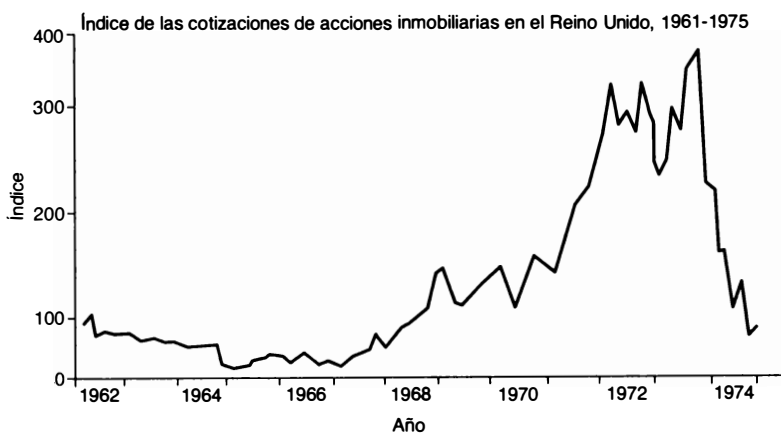
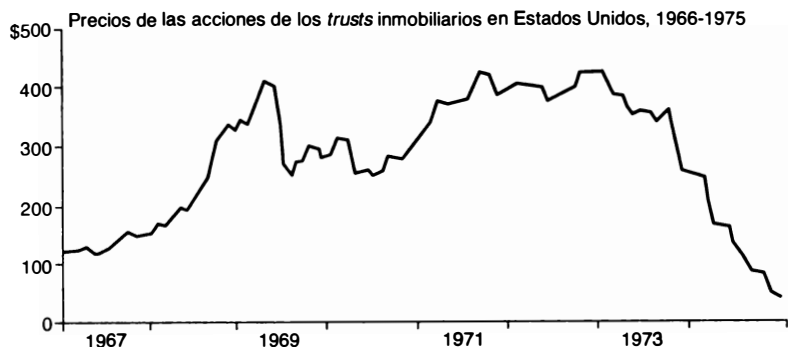
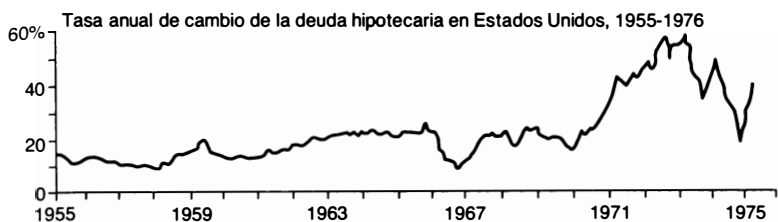
rante la década de 1920 «tan tóxicos como lo son ahora», prosiguen y concluyen:

El panorama de Nueva York recuerda con fuerza la capacidad de la titulización para conectar el capital de los especuladores con las empresas de la construcción. Una mayor comprensión del temprano mercado de títulos inmobiliarios podría ofrecernos datos válidos para modelar el escenario de eventuales catástrofes en el futuro. El optimismo en los mercados financieros tiene la capacidad de elevar el precio del acero, pero no hace que un edificio sea rentable sin más⁸.

Evidentemente, las alzas y caídas del mercado inmobiliario están inextricablemente entrelazadas con los flujos financieros especulativos y tienen graves consecuencias para la macroeconomía en general, así como todo tipo de efectos externos relacionados con el agotamiento de recursos y la degradación medioambiental. Además, cuanto mayor es la proporción de los mercados inmobiliarios en el PIB, más importancia cobra la conexión entre financiación e inversión en el entorno construido como generadora potencial de grandes crisis. En el caso de los países en desarrollo como Tailandia

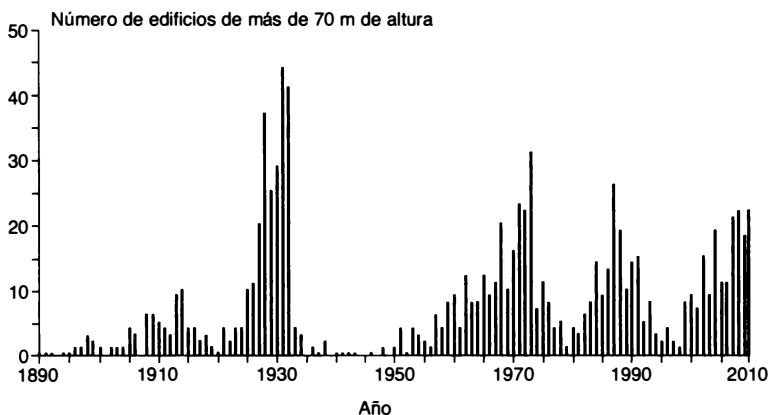
⁸ William Goetzmann y Frank Newman, «Securitization in the 1920s», *Working Papers*, National Bureau of Economic Research, 2010; Eugene White, «Lessons from the Great American Real Estate Boom and Bust of the 1920s», *Working Papers*, National Bureau of Economic Research, 2010; Kenneth Snowden, «The Anatomy of a Residential Mortgage Crisis: A Look Back to the 1930s», *Working Papers*, National Bureau of Economic Research, 2010. Una conclusión cardinal que extraen todos ellos es que una mayor atención a lo que había ocurrido entonces habría ayudado seguramente a los gobernantes a evitar los errores crónicos de los últimos años, observación a la que también deberían atender los economistas del Banco Mundial. En un artículo publicado en 1940 —«Residual, Differential and Absolute Urban Ground Rents and Their Cyclical Fluctuations», *Econometrica* 8 (1940), pp. 62-78— Karl Pribam mostraba que durante el periodo anterior a la Primera Guerra Mundial «la construcción anticipaba entre uno y tres años en Gran Bretaña y Alemania las contracciones y expansiones de la economía».

Figura 1. El hundimiento del mercado inmobiliario en 1973



Fuente: US Department of Commerce

Figura 2. Rascacielos construidos en New York City, 1890-2010



Fuente: William Goetzmann y Frank Newman, «Securitization in the 1920s», NBER Working Paper 15650

—donde las hipotecas sobre viviendas equivalen tan solo, si el informe del Banco Mundial dice la verdad, al 10 por 100 del PIB—, si bien un *crac* inmobiliario podría contribuir a un colapso macroeconómico (del tipo del que ocurrió en 1997-1998), probablemente no podría provocarlo por sí solo, mientras que en Estados Unidos, donde la deuda hipotecaria equivale al 40 por 100 del PIB, ciertamente podría hacerlo y así sucedió al generar la crisis de 2007-2009.

LA PERSPECTIVA MARXISTA

Dado que la teoría burguesa, si no totalmente ciega, al menos carece de capacidad para relacionar el desarrollo urbano con las perturbaciones macroeconómicas, se podría pensar que los críticos marxistas, con sus muy pregonados métodos materialistas-históricos, habrían salido a la palestra con enérgicas denuncias del aumento de los alquileres y las salvajes desposesiones características de lo que Marx y Engels caracterizaban como segunda forma de explota-

ción de la clase obrera, extorsionada por los propietarios de suelo y viviendas, y habrían confrontado la apropiación del espacio urbano mediante la gentrificación, la construcción de apartamentos de lujo y la «disneyficación» con la bárbara falta de viviendas accesibles para la gran mayoría de la población y la degradación del medio ambiente urbano (tanto física, de la que puede servir como ejemplo la contaminación del aire que se respira, como social, con la llamada «desatención benigna», no solo de la educación sino de muchos otros servicios sociales, en la variante neoliberal del clásico *laissez-faire*). Ciertamente es que se han podido oír voces de protesta de un restringido círculo de teóricos y urbanistas marxistas (entre los que me cuento)⁹; pero en general el discurso de los pensadores marxistas es lamentablemente parecido al de los economistas burgueses. Los urbanistas son considerados especialistas, mientras que el núcleo auténticamente significativo de la teorización macroeconómica marxista se sitúa en otro sitio. De nuevo, la ficción de una economía nacional cobra prioridad debido a que es en ella donde se pueden encontrar más datos, aunque también, para ser honesto, donde se toman las principales decisiones políticas. Si no se acaba de entender el papel del mercado inmobiliario en la generación de las condiciones para la crisis de 2007-2009 y sus secuelas de desempleo y austeridad (administrados en buena medida al nivel local y municipal), es porque no hay ningún serio intento serio de integrar una comprensión del proceso de urbanización y de formación del entorno construido en la teoría general de las leyes dinámicas del capital. Como consecuencia, muchos teóricos marxistas, enamorados apasionadamente de las crisis, tienden a tratar la más reciente como una manifestación de su versión preferida de la teoría al respecto (ya sea la caída de la tasa de beneficio, el subconsumo o cualquier otra).

⁹ Véanse las medidas evaluaciones y contribuciones de Brett Christophers: «On Voodoo Economics: Theorising Relations of Property, Value and Contemporary Capitalism», *Transactions, Institute of British Geographers*, New Series 35 (2010), pp. 94-108; «Revisiting the Urbanization of Capital», *Annals of the Association of American Geographers* 101 (2011), pp. 1-18.

El propio Marx es en cierta medida culpable, aunque involuntario, de ese estado de cosas. En la introducción a los *Grundrisse* decía que su objetivo al escribir *El Capital* era explicar las leyes generales del movimiento de este, para lo que debía concentrarse exclusivamente en la producción y realización del plusvalor abstrayéndolas y excluyendo lo que llamaba «particularidades» de la distribución (interés, rentas, impuestos e incluso los salarios reales y la tasa de beneficio), ya que estas son accidentales, coyunturales y dependientes del momento y el lugar. También dejó de lado las circunstancias específicas de las relaciones de intercambio, como la oferta y la demanda y el grado de competencia. Cuando la oferta y la demanda están en equilibrio, argumentaba, no sirven para explicar nada, mientras que las leyes inapelables de la competencia funcionan como responsables de su cumplimiento más que como determinantes de las leyes generales del movimiento del capital. Esto induce inmediatamente a preguntarse qué es lo que ocurre cuando falta ese mecanismo de puesta en vigor, como ocurre en condiciones de monopolio, y qué ocurre cuando incluimos como variable la competencia espacial, que es, como se sabe desde hace tiempo, una forma de competencia monopolista (como en el caso de la competencia interurbana). Finalmente, Marx presenta el consumo como una «singularidad» –las circunstancias únicas que constituyen conjuntamente un modo de vida en común–, que al ser caótica, impredecible e incontrolable, queda por tanto fuera, en su opinión, del campo de la economía política (el estudio del valor de uso, declara en la primera página de *El Capital*, corresponde a la historia y no a la economía política). Hardt y Negri se han esforzado recientemente por resucitar este concepto, ya que ven las singularidades, que surgen de la proliferación y bienes comunes y siempre apuntan a ellos, como un aspecto clave de la resistencia.

Marx también distinguía otro nivel, el de la relación metabólica con la naturaleza, que al ser una condición universal de todas las formas de sociedad humana es por tanto bastante irrelevante para la comprensión de las leyes generales del movimiento del

capital, entendido como construcción social e histórica específica. Las cuestiones medioambientales tienen por esa razón una presencia muy borrosa en *El Capital* (lo que no significa que Marx las considerara poco importantes o insignificantes, del mismo modo que tampoco minusvaloraba el consumo ni lo consideraba irrelevante como cuestión social genérica)¹⁰.

En casi todo *El Capital*, Marx se atuvo en general al marco diseñado en los *Grundrisse*. Se concentró principalmente en la generalidad de la producción de plusvalor excluyendo todo lo demás, aunque de vez en cuando reconocía que había problemas en ese planteamiento. Señalaba por ejemplo su «distinto nivel»: tierra, trabajo, dinero y mercancías son hechos cruciales de la producción, mientras que el interés, las rentas, los salarios y los beneficios quedan excluidos del análisis como particularidades de la distribución

La ventaja del planteamiento de Marx es que permite una presentación muy clara de las leyes generales del movimiento del capital de una forma que prescinde de las condiciones específicas y particulares de su época (tales como las crisis de 1847-1848 y 1857-1858). Por eso se le puede leer todavía hoy y sigue siendo relevante para nuestra época; pero ese planteamiento supone también ciertas desventajas. Para empezar, Marx deja claro que el análisis de una sociedad/situación capitalista realmente existente requiere una integración dialéctica de lo universal, lo general, lo particular y los aspectos singulares de una sociedad pensada como una totalidad orgánica en funcionamiento. No podemos esperar, por tanto, explicar acontecimientos particulares (como la crisis de 2007-2009) simplemente en términos de las leyes generales del movimiento del capital (y esa es una de mis

¹⁰ Karl Marx, *Grundrisse*, Harmondsworth, Penguin, 1973, 1(2) «The General Relation of Production to Distribution, Exchange, Consumption», pp. 88-100 [orig. en alemán: en *MEW Band 42*, pp. 24-34 / en cast.: *Elementos Fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858*, México, Siglo XXI, 1971, A 2): «Relación general entre la producción, la distribución, el cambio y el consumo», pp. 8-19].

objeciones a quienes tratan de embutir los hechos de la actual crisis en determinada teoría de la caída tendencial de la tasa de ganancia). Pero, recíprocamente, tampoco podemos intentar tal explicación sin referirnos a las leyes generales del movimiento del capital, aunque el propio Marx parece hacerlo en su presentación en *El Capital* de la crisis financiera y comercial «independiente y autónoma» de 1847-1848, o incluso más espectacularmente en sus estudios históricos *El Dieciocho Brumario* y *La Lucha de Clases en Francia*, donde no se mencionan nunca las leyes generales del movimiento del capital¹¹.

En segundo lugar, las abstracciones al nivel de generalidad elegido por Marx comienzan a resquebrajarse conforme avanza la argumentación en *El Capital*. Hay muchos ejemplos de esto, pero el más notable y en cualquier caso el más cercano a mi argumentación aquí es el de su exposición del sistema de crédito. Varias veces en el primer volumen y repetidamente en el segundo, Marx lo menciona pero lo deja de lado como un aspecto de la distribución que todavía no está preparado para afrontar. Las leyes generales del movimiento estudiadas en el segundo volumen, en particular las de la circulación del capital fijo (incluida la inversión en el entorno construido) y los periodos de trabajo, de producción y de circulación, así como la velocidad de rotación, acaban no solo invocando sino *necesitando* el sistema de crédito. Es muy explícito a este respecto. Cuando comenta que el capital-dinero adelantado debe ser siempre mayor que el aplicado en la producción de plusvalor a fin de afrontar con éxito diferentes periodos de rotación, señala que los cambios en estos pueden «liberar» parte del dinero avanzado antes: «El capital monetario liberado así por el mero mecanismo del movimiento de rotación desempeñará necesariamente (junto al capital monetario liberado por el reflujo paulatino del capital fijo y al que

¹¹ Para más detalles, véase David Harvey, «History versus Theory: A Commentary on Marx's Method in *Capital*», *Historical Materialism*, Vol. 20/2 (2012), pp. 3-38.

se necesita en cada proceso de trabajo como capital variable) un importante papel en cuanto se desarrolle el sistema crediticio, *del que debe constituir, al mismo tiempo, uno de los fundamentos*»¹². En este y otros comentarios similares queda claro que el sistema de crédito se hace absolutamente necesario para la circulación del capital y que habría que incorporar a las leyes generales del movimiento del capital un estudio del sistema de crédito; pero cuando entramos en el análisis de este en el Tercer Volumen, encontramos que el tipo de interés (una particularidad) queda determinado conjuntamente por la oferta y la demanda y la intensidad de la competencia, dos cuestiones concretas que antes habían quedado totalmente excluidas del nivel teórico de generalidad al que prefería ceñirse Marx.

Menciono esto porque se ha ignorado en buena medida la importancia de las limitaciones que Marx impuso a sus investigaciones en *El Capital*. Cuando esas limitaciones quedan no solo superadas sino quebrantadas, como sucede en el caso del crédito y el interés, se abren nuevas perspectivas para la teorización que van más allá de las que el propio Marx había despejado. Él mismo reconoció al principio de su investigación que esto podría suceder. En los *Grundrisse* decía por ejemplo al hablar del consumo, la categoría más recalcitrante frente al análisis dadas sus singularidades, que aunque, al igual que el estudio de los valores de uso, «de hecho queda fuera de la economía», existe la posibilidad de que reaccione «a su vez sobre el punto de partida (la producción) e inicie de nuevo todo el proceso»¹³. Así sucede particularmente con el consumo productivo y el propio proceso de trabajo. Mario Tronti y quienes han seguido sus pasos, como Tony Negri, están pues totalmente acertados al ver el propio proceso de trabajo constituido como una singularidad, interiori-

¹² Karl Marx, *El Capital*, Volumen 2, tomo 1, Cap. XV, Madrid, Akal, 2000, p. 367 [la cursiva es mía, D. H.].

¹³ Marx, *Grundrisse*, cit., p. 89 de la ed. en inglés [p. 25 en alemán, p. 10 en castellano].

zada en las leyes generales del movimiento del capital¹⁴. Las legendarias dificultades afrontadas por los capitalistas cuando tratan de movilizar el «espíritu animal» de los trabajadores para producir plusvalor señalan la existencia de esta singularidad en el núcleo mismo del proceso productivo (como veremos enseguida, en ningún lugar queda esto más claro que en el sector de la construcción). Interiorizar el sistema de crédito y la relación entre el tipo de interés y la tasa de beneficio dentro de las leyes generales de la producción, circulación y realización del capital es asimismo una necesidad perentoria si queremos utilizar con provecho el aparato teórico de Marx para analizar los acontecimientos actuales.

Sin embargo, la integración del crédito en la teoría general tiene que hacerse cuidadosamente, preservando, aunque en un estado transformado, los avances teóricos ya obtenidos. No podemos, por ejemplo, tratar el sistema de crédito simplemente como una entidad autónoma, una especie del eflorescencia localizada en Wall Street o en la City de Londres que flotara libremente por encima de las actividades terrenales del común de los mortales. Gran parte de la actividad basada en el crédito puede ser efectivamente espuma especulativa, una asquerosa excrecencia de la avidez humana de riqueza y poder, pero otra gran parte es fundamental y absolutamente necesaria para el funcionamiento del capital. No es fácil precisar la frontera entre lo que es necesario y lo que es (a) necesariamente ficticio (como en el caso de la deuda estatal e hipotecaria) y (b) puro exceso.

Evidentemente, tratar de analizar la dinámica de la reciente crisis y sus consecuencias sin referirse al sistema de crédito (cuando las hipotecas suponen el 40 por 100 del PIB estadounidense), el consumismo (70 por 100 de la fuerza impulsora de la

¹⁴ Mario Tronti, «The Strategy of Refusal», en *Operai e Capitale*, Turín, Einaudi, 1966, trad. al inglés en libcom.org; Antonio Negri, *Marx Beyond Marx: Lessons on the Grundrisse*, Londres, Autonomedia, 1989 [ed. cast.: *Marx después de Marx*, Madrid, Akal, 2001].

economía estadounidense frente al 35 por 100 en China), y la intensidad de la competencia (poder de los monopolios en el mercado financiero, inmobiliario, del pequeño comercio y muchos otros) sería un intento ridículo. En Estados Unidos permanecen insertos en los mercados secundarios de Fannie Mae y Freddie Mac 1,4 billones de dólares en hipotecas, muchas de ellas tóxicas, que han obligado al gobierno a dedicar 400 millardos de dólares (de los que ya se han gastado alrededor de 142 millardos) a intentar rescatarlos. Para entenderlo tenemos que desentrañar lo que Marx podía querer decir con la categoría de «capital ficticio» y su conexión con los mercados del suelo y la propiedad inmobiliaria. Necesitamos entender cómo la titulización, como la llaman Goetzmann y Newman, conecta «el capital de un público especulativo con las empresas constructoras»; ¿no desempeñó acaso un papel fundamental en la generación de esta crisis la especulación en el precio del suelo y la vivienda y en los alquileres?

El capital ficticio, para Marx, no es un producto de la imaginación de algún agente de Wall Street adicto a la cocaína. Es un fetiche construido, lo que significa, según su caracterización del fetichismo en el primer volumen de *El Capital*, que aun siendo real es un fenómeno superficial que encubre algo más importante en las relaciones sociales subyacentes. Cuando un banco presta al estado y recibe a cambio un interés, parece como si en el estado hubiera algo directamente productivo, que produce realmente valor, cuando la mayor parte (aunque no todo, como mostraré enseguida) de lo que hace el estado (como las guerras) no tiene nada que ver con la producción de valor. Cuando el banco presta a un consumidor para que se compre una casa y recibe a cambio un flujo de interés, hace que parezca como si en la casa hubiera algo que está produciendo directamente valor, cuando no es así. Cuando los bancos compran bonos para financiar la construcción de hospitales, universidades, escuelas y cosas parecidas a cambio de un interés, parece como si en esas instituciones se estuviera produciendo valor, cuando no es así. Cuando los bancos prestan para

comprar suelo e inmuebles de los que se podrá extraer una renta, entonces la categoría distributiva de la renta queda absorbida en el flujo de la circulación de capital ficticio¹⁵. Cuando los bancos prestan a otros bancos o cuando el Banco Central presta a los bancos comerciales que prestan a los especuladores inmobiliarios que tratan de apropiarse de una renta, el capital ficticio se parece cada vez más a una regresión infinita de ficciones construidas sobre ficciones. El apalancamiento en proporciones cada vez más altas (prestar treinta en lugar de tres veces la cantidad de los depósitos en efectivo disponibles) magnifica la cantidad ficticia de capital-dinero en circulación. Todos esos son ejemplos de formación y flujos de capital ficticio; y son esos flujos los que convierten la propiedad real en algo irreal.

Lo que decía Marx es que el interés que se paga proviene de la producción de valor en algún otro lugar: impuestos o extracción directa de producción de plusvalor, o gravámenes e ingresos (salarios y beneficios). Y para Marx, por supuesto, el único lugar donde se crean el valor y el plusvalor es en el proceso laboral de producción. Lo que aparece como circulación de capital ficticio puede ser socialmente necesario para mantener el capitalismo; puede formar parte de los costes necesarios de producción y reproducción. Las empresas capitalistas pueden extraer formas secundarias de plusvalor mediante la explotación de los trabajadores empleados por los pequeños comerciantes, bancos y fondos protegidos; pero lo que afirma Marx es que si no se produjera valor y plusvalor en la producción en general, entonces esos sectores no podrían existir por sí mismos. Si no se produjeran camisas y zapatos, ¿que venderían los comerciantes de ropa y calzado?

Hay sin embargo una precaución enormemente importante a tener en cuenta. Parte del flujo de lo que parece ser capital ficticio puede participar de hecho en la creación de valor. Cuando

¹⁵ Karl Marx, *El Capital*, Volumen 3, tomo 2, caps. XXIV y XXV, Madrid, Akal, 2000.

convierto mi casa hipotecada en un taller clandestino empleando a inmigrantes ilegales, la casa se convierte en capital fijo en la producción. Cuando el estado construye carreteras y otras infraestructuras que funcionan como medios de producción colectivos para el capital, estos tienen que ser clasificados como «gastos productivos del estado». Cuando un hospital o una universidad se convierten en un centro para la innovación y el diseño de nuevas medicinas, nuevos equipos y demás, se convierten en centros de producción. Marx no se habría desconcertado por esas matizaciones. Como dice del capital fijo, que algo funcione o no como tal depende de su uso y no de sus cualidades físicas¹⁶. El capital fijo disminuye cuando los altillos o sótanos dedicados a la producción textil se convierten en nuevos aposentos habitables o nuevos apartamentos, o cuando la microfinanciación convierte las chozas campesinas en capital fijo (mucho más barato) al dedicarlas a la producción.

Gran parte del valor y el plusvalor creados en la producción es absorbido y desviado, pasando por todo tipo de vías complicadas, hacia canales ficticios; y cuando los bancos prestan a otros bancos o se apalancan mutuamente, se posibilitan todo tipo de pagos colaterales y movimientos especulativos socialmente innecesarios, contruidos sobre el terreno perpetuamente movido de la fluctuación de los valores. Estos dependen de un proceso crítico de «capitalización» que Marx consideraba como una vía de formación de capital ficticio:

Se capitaliza todo ingreso periódico calculándolo según el tipo medio de interés, como rendimiento que daría un capital prestado con ese tipo de interés [...] Para quien compra ese título de propiedad, la anualidad [dinero recibido] representa en realidad los intereses de su capital invertido. De este modo se pierde hasta el último

¹⁶ David Harvey, *The Limits to Capital*, Oxford, Blackwell, 1982, cap. 8. [ed. cast.: *Los límites del capital. Los límites del capital y la teoría marxista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990].

rastró de cualquier conexión con el proceso real de valoración del capital, reforzándose la noción *del capital como un autómatata que se valoriza a sí mismo* [*die Vorstellung vom Kapital als einem sich durch sich selbst verwertenden Automaten*]¹⁷.

A una corriente de ingresos (rentas) procedentes de algún activo como la tierra, edificios, unas acciones o cualquier otra cosa, se le asigna un valor como capital por el que puede ser intercambiado, dependiendo de los tipos de interés y de descuento determinados por las condiciones de la oferta y la demanda en el mercado monetario. La valoración de esos activos cuando no hay un mercado para ellos se convirtió en un enorme problema en 2008 y no ha desaparecido. La evaluación de la toxicidad de los activos en posesión de Fannie Mae provocaría dolor de cabeza a cualquiera (¿cuál es el valor real de una casa desalojada para la que no hay compradores?). Ahí se oyó, en la teoría económica convencional de principios de la década de 1970, un importante eco de la controversia sobre el valor del capital, aunque quedó prontamente silenciado, junto con otras muchas verdades inconvenientes.

El problema que plantea el sistema crediticio es que por un lado es vital para la producción, circulación y realización de los flujos del capital, al mismo tiempo que es, por otro, el pináculo de todo tipo de especulación y otras «formas disparatadas». Eso es lo que llevó a Marx a decir que Isaac Péreire –quien junto con su hermano Émile fue uno de artífices de la reconstrucción especulativa del París urbano con Haussmann– «reunía en su persona los rasgos de un estafador con los de un profeta»¹⁸.

¹⁷ Karl Marx, *El Capital*, Volumen 3, tomo 2, Cap. XXIX, Madrid, Akal, 2000, p. 183; Geoffrey Harcourt, *Some Cambridge Controversies in the Theory of Capital*, Cambridge, Cambridge University Press, 1972 (la cursiva es mía, D. H.).

¹⁸ Karl Marx, *El Capital*, Volumen 3, tomo 2, Madrid, Akal, 2000, p. 149. Tanto Isaac como Émile, dicho sea de paso, formaban parte del movimiento utopista saintsimoniano antes de 1848.

La urbanización, como vengo argumentando desde hace tiempo, ha sido uno de los medios clave para la absorción de los excedentes de capital y de trabajo durante toda la historia del capitalismo¹⁹. Ejerce una función muy particular en la dinámica de acumulación del capital debido a los largos periodos de trabajo y de rotación y la larga vida de la gran mayoría de las inversiones en el entorno construido. También tiene una especificidad geográfica única que convierte la producción del espacio y de monopolios espaciales en parte intrínseca de la dinámica de acumulación, no solo en virtud de las pautas cambiantes de los flujos de mercancías en el espacio, sino también en virtud de la propia naturaleza de los espacios y lugares creados y producidos en los que tienen lugar tales movimientos. Pero precisamente porque toda esa actividad –que dicho sea de paso, es un terreno enormemente importante para la producción de valor y plusvalor– es a tan largo plazo, exige como algo absolutamente fundamental para su funcionamiento cierta combinación de capital financiero e intervención estatal. Esta actividad es claramente especulativa a largo plazo y siempre corre el riesgo de reproducir, mucho más adelante y a escala muy ampliada, las propias condiciones de sobreacumulación que ayuda inicialmente a aliviar. De ahí el carácter proclive a las crisis de las inversiones urbanas y en otros tipos de infraestructuras físicas (ferrocarriles y autovías transcontinentales, grandes presas y cosas parecidas).

El carácter cíclico de tales inversiones ha quedado bien documentado para el siglo XIX en la meticulosa obra de Brinley Thomas (véase la figura 3)²⁰. Pero la teoría de los ciclos económicos en la construcción se descuidó después de 1945, por poner una fecha, en

¹⁹ David Harvey, *The Urbanisation of Capital*, Oxford, Blackwell, 1985; y *The Enigma of Capital, And the Crises of Capitalism*, cit.; Brett Christophers, «Revisiting the Urbanization of Capital», *Annals of the Association of American Geographers* 101/6 (2011), pp. 1-11.

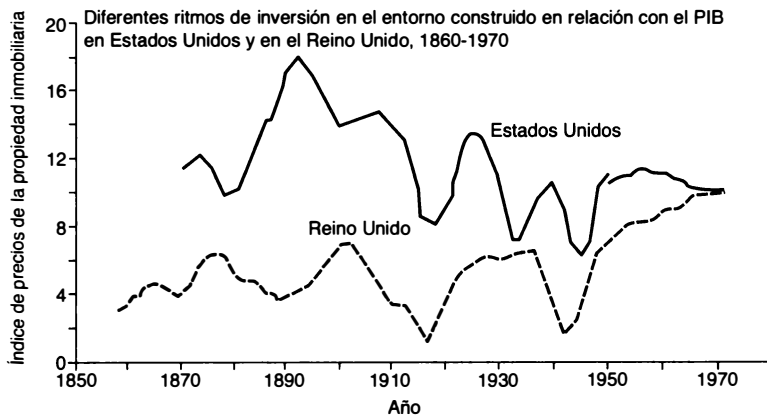
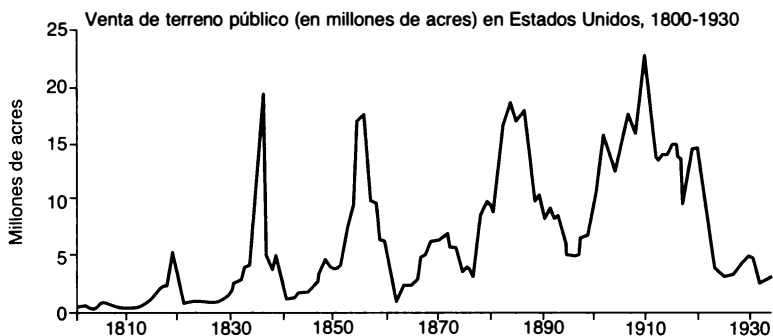
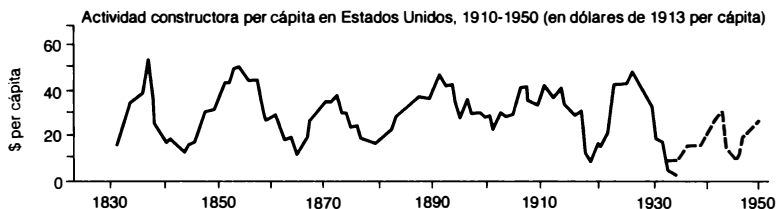
²⁰ Brinley Thomas, *Migration and Economic Growth: A Study of Great Britain and the Atlantic Economy*, Cambridge, Cambridge University Press, 1973.

parte porque las intervenciones de estilo keynesiano dirigidas por el estado se consideraron suficientemente eficaces para contrarrestarlos. Robert Gottlieb, en un detallado estudio de muchos ciclos locales en la construcción (publicado en 1976), detectó ciclos largos en la construcción residencial, con una periodicidad media de 19,7 años y una desviación típica de cinco años, si bien sus datos también sugerían que esas oscilaciones habían menguado, si no desaparecido, durante el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial²¹. Pero el abandono de las intervenciones sistémicas anticíclicas de tipo keynesiano desde mediados de la década de 1970 en muchos países del mundo inducía a pensar que un regreso a ese comportamiento cíclico era algo más que una mera posibilidad, y eso es exactamente lo que hemos visto, aunque yo creo que se puede argumentar que tales cambios cíclicos están ahora más estrechamente relacionados con las burbujas efímeras de activos que en el pasado (si bien los estudios de la Oficina Nacional de Investigación Económica sobre la década de 1920 podrían ser considerados una prueba en contra de esa opinión). Esos movimientos cíclicos han mostrado también –lo que tiene la misma importancia– una configuración geográfica más complicada, en la que las expansiones en un lugar (el sur y oeste de Estados Unidos en la década de 1980) coinciden con contracciones en otros lugares (las viejas ciudades desindustrializadas del Medio Oeste durante el mismo periodo).

Sin una perspectiva general de ese tipo no podemos siquiera empezar a entender la dinámica que llevó en 2008 a la catástrofe del mercado de la vivienda y la urbanización en ciertas regiones y ciudades de Estados Unidos, así como en España, Irlanda y el Reino Unido. Por la misma razón, tampoco podemos entender algunas de las vías que se siguen ahora, particularmente en China, para salir del embrollo que se produjo fundamentalmente en otros lugares; ya que así como Brinley Thomas documentó movimientos anticíclicos entre Gran Bretaña y Estados Unidos durante el

²¹ Leo Grebler, David Blank y Louis Winnick, *Capital Formation in Residential Real Estate*, Princeton, Princeton University Press, 1956.

Figura 3. Ciclos largos en la construcción en Estados Unidos y en el Reino Unido



Fuente: *Brinley Thomas, Migration and Economic Growth: A Study of Great Britain and the Atlantic Economy, Cambridge, Cambridge University Press*

siglo XIX, de modo que una expansión en la construcción residencial a un lado del Atlántico iba acompañada por una contracción al otro lado, ahora vemos que el estancamiento en la construcción en Estados Unidos y en gran parte de Europa occidental se ve compensado por un enorme expansión de la inversión en urbanización y en infraestructuras en China (con ramificaciones en otros lugares, en particular en los países agrupados bajo las siglas BRIC). Y aunque solo sea para precisar esa macro-imagen, debemos señalar inmediatamente que Estados Unidos y Europa occidental están empantanadas en tasas muy bajas de crecimiento, mientras que China registra una tasa anual de crecimiento del 10 por 100 (seguida de cerca por los otros BRIC).

La presión del mercado de la vivienda y el desarrollo urbano en Estados Unidos para absorber el excedente y el capital sobreacumulado mediante la actividad especulativa comenzó a intensificarse a mediados de la década de 1990, cuando el secretario de Vivienda y Desarrollo Urbano del presidente Clinton, Henry Cisneros, presentó la «Estrategia Nacional de Propiedad de la Vivienda» [National Homeownership Strategy: Partners in the American Dream] que debía conferir los supuestos beneficios de la propiedad de su domicilio a la población con bajos ingresos y a las minorías. Se ejercieron presiones políticas sobre instituciones financieras respetables, incluidas Fannie Mae y Freddie Mac (empresas patrocinadas por el gobierno federal que emitían y comercializaban las hipotecas), para que aliviaran las condiciones de préstamo acomodándose a esa iniciativa. Las instituciones hipotecarias respondieron con gusto –prestando sin restricciones y cortocircuitando los controles reguladores– mientras que sus directores cosechaban enormes fortunas personales, todo ello en nombre del bienestar público y de la ayuda a la gente menos privilegiada para que disfrutara de los supuestos beneficios de la propiedad de su vivienda. Ese proceso se aceleró enormemente tras la implosión de la burbuja de la Nueva Economía la gran caída de la bolsa en 2001. Para entonces el *lobby* de la vivienda, encabezado por Fannie Mae, se había consolidado con-

virtiéndose en un centro autónomo de creciente riqueza, influencia y poder capaz de corromperlo todo, desde el Congreso y las agencias reguladoras hasta prestigiosos economistas académicos (incluido Joseph Stiglitz) que publicaban sin parar voluminosos estudios «demostrando» que esas actividades eran de muy bajo riesgo. La influencia de esas instituciones, unida a los bajos tipos de interés propiciados por Alan Greenspan en la Reserva Federal, alimentaron incuestionablemente la expansión de la construcción y comercialización de viviendas²². Como señalan Goetzmann y Newman, las finanzas (respaldadas por el estado) pueden construir ciudades y urbanizaciones periféricas, pero eso no significa que puedan hacerlas rentables. ¿Qué fue entonces lo que propulsó la demanda?

CAPITAL FICTICIO Y FICCIONES QUE NO PUEDEN DURAR

Para entender esa dinámica tenemos que entender cómo se combinan la circulación del capital productivo y la del ficticio en el seno del sistema de crédito en el contexto de los mercados inmobiliarios. Las instituciones financieras prestan a los promotores, propietarios de suelo y empresas constructoras para construir, digamos, una urbanización periférica en torno a San Diego o bloques de apartamentos en Florida o en el sur de España. La viabilidad de ese sector se basa en la suposición de que ese valor se puede no solo producir sino también realizar en el mercado. Ahí es donde entra en escena el capital ficticio. Se presta dinero a los compradores que supuestamente pueden devolverlo a partir de sus ingresos (salarios o beneficios), y se capitaliza como un flujo de interés sobre el capital prestado. Se necesita pues un flujo de

²² Los detalles de esas decisiones descaradas y devastadoras son descritos en Gretchen Morgenson y Joshua Rosner, *Reckless Endangerment: How Outsized Ambition, Greed and Corruption Led to Economic Armageddon*, Nueva York, Times Books, 2011.

capital ficticio para completar el proceso de la producción y realización del valor de las viviendas y edificios comerciales.

Esta diferencia se parece a la que existe entre lo que Marx denomina en *El Capital* «capital prestado» para la producción y el descuento de títulos de crédito que facilita la realización de valores en el mercado²³. En el caso de la construcción de casas y apartamentos, digamos en el sur de California o en Florida, la misma compañía financiera puede financiar la construcción y la compra de lo que se ha construido. En algunos casos organiza preventas de apartamentos en edificios que todavía no se han construido. El capital manipula y controla por tanto en cierta medida tanto la oferta como la demanda de nuevas viviendas y apartamentos así como de edificios comerciales (lo que es absolutamente opuesto al funcionamiento libre del mercado que da por sentado el Informe del Banco Mundial)²⁴.

Pero la relación entre oferta y demanda es asimétrica, porque el tiempo de producción y circulación para las viviendas y edificios comerciales es muy largo comparado con el de la mayoría de las mercancías. Ahí es donde se hacen cruciales los tiempos dispares de producción, circulación y rotación que Marx analiza tan perspicazmente en el segundo volumen de *El Capital*. Los contratos que financian la construcción son firmados mucho antes de que puedan comenzar las ventas. Las diferencias temporales son a menudo muy sustanciales, y esto es particularmente cierto para los edificios comerciales. El Empire State Building de Nueva York se inauguró el 1 de mayo de 1931, casi dos años después del *crac* de la bolsa y más de tres años después del *crac* inmobiliario. Las Torres Gemelas se planificaron antes pero se inauguraron después del *crac* de

²³ Karl Marx, *El Capital*, Volumen 3, tomo 2, Cap. XXV, Madrid, Akal, 2000.

²⁴ Karl Marx, *El Capital*, Volumen 1, tomo 3, Cap. XXIII «La ley general de la acumulación capitalista», Madrid, Akal, 2000, pp. 105-106, observa parecidamente que el capital puede manipular la demanda y la oferta de mano de obra excedente, por ejemplo mediante la inversión y el desempleo inducido tecnológicamente.

1973 (y durante años no pudieron encontrar compradores privados). ¡La reconstrucción del centro de Nueva York después del 11 de Septiembre está a punto de ponerse en marcha cuando el valor de los edificios comerciales está por los suelos!

El depósito existente de propiedades comercializables (algunas de ellas de origen muy antiguo) es también muy grande con respecto a lo que se puede producir. La oferta total de viviendas es por tanto relativamente inelástica con respecto a los cambios más mudables en la demanda: en los países desarrollados se ha demostrado históricamente muy difícil, aun con los mayores esfuerzos, aumentar la reserva de viviendas más del 2 o el 3 por 100 en un año (aunque China, como en tantas otras cosas, puede romper ese límite).

El estímulo a la demanda mediante ardides que combinan las reducciones de impuestos, la iniciativa pública y otros incentivos (como el incremento del volumen de hipotecas basura) no compensa necesariamente un aumento de la oferta, y su efecto puede limitarse a una inflación de los precios y un aliento a la especulación. Se puede obtener mucho dinero, si no más, en las transacciones financieras sobre las viviendas existentes en lugar de construir otras. Resulta más rentable financiar turbias instituciones hipotecarias como Countrywide que edificar nuevas viviendas, y más tentador aún es invertir en obligaciones de deuda garantizadas (CDOs) compuestas de retazos de hipotecas empaquetados en «vehículos de inversión estructurados» a los que se otorgaba espúreamente una alta valoración (eran supuestamente «tan seguros como las propias casas») y que debían proporcionar un ingreso continuo a partir del flujo de intereses de los propietarios (ya fueran estos solventes o no). Esto fue exactamente lo que sucedió en Estados Unidos cuando se puso en marcha la apisonadora de las *subprime*. Grandes cantidades de capital ficticio afluyeron a la financiación de la vivienda alimentando la demanda, pero solo una pequeña parte fue a parar a la construcción de nuevas viviendas. El mercado de las hipotecas *subprime*, que se situaba en torno a los 30 millardos de dólares a mediados de la década de 1990, se

dilató hasta 130 millardos en 2000 y alcanzó un máximo absoluto de 625 millardos de dólares en 2005²⁵. No había forma de que un incremento tan rápido de la demanda pudiera verse satisfecho mediante una expansión paralela de la oferta, por mucho que lo intentaran los constructores. Por eso los precios aumentaron, y parecía como si fueran a seguir subiendo eternamente.

Pero todo esto dependía de una continua expansión de los flujos de capital ficticio y de mantener intacta la creencia fetichista de que el capital puede «valorizarse automáticamente a sí mismo»²⁶. Marx pensaba en cambio, por supuesto, que frente a una insuficiencia de la creación de valor en la producción, esa fantasía conduciría inevitablemente a un desastre, y eso fue lo que efectivamente sucedió.

Los intereses de clase por el lado de la producción están también, sin embargo, descompensados, y esto tiene consecuencias para quien acaba sufriendo el desastre. Banqueros, promotores y empresas de la construcción constituyen fácilmente una alianza de clase (que a menudo domina tanto política como económicamente el denominado «motor del crecimiento urbano»²⁷). Pero las hipotecas que firman por su vivienda los consumidores son individuales y dispersas y con frecuencia los préstamos se conceden a gente que pertenece a otra clase, o como sucede en Estados Unidos (aunque no en Irlanda), a gente de otro sector racial o étnico. Con la titulización de las hipotecas, la empresa financiera podía simplemente transmitir su riesgo a algún otro (por ejemplo a Fannie Mae, que estaba dispuesta a afrontarlo como parte de su estrategia de crecimiento), y eso fue precisamente lo que hicieron, después de haber cobrado todos los gastos de escritura y demás tasas legales que pudieron. Si el financiero tiene que elegir

²⁵ Michael Lewis, *The Big Short: Inside the Doomsday Machine*, Nueva York, Norton, 2010, p. 34.

²⁶ Karl Marx, *El Capital*, Volumen 3, tomo 2, Cap. XXIX, Madrid, Akal, 2000, p. 183.

²⁷ John Logan y Harvey Molotch, *Urban Fortunes: The Political Economy of Place*, Berkeley, University of California Press, 1987.

entre la quiebra de un promotor debido a los fracasos de ventas o la bancarrota y desahucio del comprador de una vivienda (particularmente si este pertenece a las clases más bajas o a una minoría racial o étnica y la hipoteca ya se ha endosado a algún otro), está muy claro por qué opción se inclinará; nunca se desvanecen del todo los prejuicios raciales y de clase.

En lo que se refiere a la especulación, los mercados de la vivienda y del suelo siempre se asemejan a pirámides de Ponzi, aunque no siempre tengan a Bernie Madoff en lo más alto. Yo compro un terreno, su precio sube y el alza del mercado incita a otros a comprar. Cuando la reserva de compradores verdaderamente solventes se agota, ¿por qué no descender un poco más en la escala de ingresos a consumidores de alto riesgo, acabando con compradores sin ingresos y sin garantías que podrían ganar de chiripa la propiedad al subir los precios? Y así siguen las cosas hasta que la burbuja estalla. Las instituciones financieras tienen enormes alicientes para mantener la burbuja cuanto puedan a fin de extraer de ella el mayor jugo posible. El problema es que a menudo no pueden saltar del tren antes de que choque, debido a su gran aceleración. La ilusión de que el capital puede «valorizarse a sí mismo como un autómatas» sea autoperpetúa autocumpléndose, al menos durante un tiempo. Como decía en *The Big Short* uno de los perspicaces analistas financieros de Michael Lewis, capaz de percibir la inminencia del *crac*: «¡Mierda, esto no es crédito. Esto es una jodida pirámide de Ponzi!»²⁸.

Hay otra ramificación de esta historia. La subida del precio de la vivienda en Estados Unidos acrecentó la demanda efectiva en el conjunto de economía. Tan solo en el año 2003 se emitieron 13,6 millones de hipotecas (frente a menos de la mitad diez años antes), por valor de 3,7 billones de dólares, de los que 2,8 billones tenían como propósito la refinanciación (como referencia, cabe decir que el PIB total en Estados Unidos en aquel momento era de menos de 15 billones de dólares). Las familias estaban sacando

²⁸ M. Lewis, *The Big Short*, cit., 141.

provecho del creciente valor de su propiedad. Dado el estancamiento de los salarios, esto proporcionaba una vía para que muchos obtuvieran al dinero extra, bien para sus necesidades (por ejemplo, las sanitarias) o para la compra de bienes de consumo (un nuevo automóvil o unas vacaciones). La vivienda se convirtió en una vaca a la que ordeñar dinero, un cajero automático personal, impulsando la demanda en general y mayor demanda de viviendas en particular. Michael Lewis explica así en *The Big Short* lo que sucedió: La niñera de uno de sus principales personajes acabó siendo propietaria, junto con su hermana, de seis casas en Queens, en Nueva York. «Después de comprar la primera y de que su valor aumentara, los prestamistas les sugirieron una refinanciación ofreciéndoles 250.000 dólares, que usaron para comprar otra.» El precio de esta también subió y repitieron el experimento. «En el momento en que la rueda se detuvo poseían cinco viviendas pero el mercado caía y no podían hacer frente a ninguno de los pagos»²⁹. Los precios no podían seguir subiendo indefinidamente.

LA PRODUCCIÓN DE VALOR Y LAS CRISIS URBANAS

Pero por el lado de la producción hay cuestiones a plazo más largo y más profundas que deben tenerse en cuenta. Aunque mucho de lo que sucedió en el mercado inmobiliario era pura especulación, la actividad productiva era por sí misma parte importante del conjunto de la economía; la construcción suponía el 7 por 100 del PIB, y todos los complementos de los nuevos productos (desde los muebles a los automóviles) equivalían a más del doble de esa cantidad. Si los análisis de la NBER son correctos, el colapso del *boom* de la construcción desde 1928, que se manifestó en una caída de 2 millardos de dólares (enorme para aquella época) en la construcción de viviendas y una contracción del inicio de

²⁹ M. Lewis, *The Big Short*, cit., p. 93.

la construcción de nuevas viviendas a menos del 10 por 100 de su volumen anterior en las grandes ciudades, desempeñó en el *crac* de 1929 un papel sobresaliente que todavía no se ha entendido bien. Una entrada de la Wikipedia dice: «Fue devastadora la desaparición de 2 millones de empleos bien pagados en la construcción, más la pérdida de beneficios y alquileres que perjudicó a muchos propietarios e inversores»³⁰. Esto tuvo con seguridad apreciables consecuencias en la confianza en el mercado de valores en general.

No cabe extrañarse pues de los intentos desesperados del gobierno de Roosevelt, durante la década de 1930, de resucitar el sector de la vivienda. Con ese fin se pusieron en vigor una serie de reformas en la financiación de las hipotecas que culminaron en la creación de un mercado hipotecario secundario mediante la fundación en 1938 de la Asociación Hipotecaria Federal Nacional [Federal National Mortgage Association (Fannie Mae)]. Su tarea consistía en asegurar las hipotecas y permitir a los bancos y otros prestamistas endosarlas, proporcionando así al mercado de la vivienda la muy necesaria liquidez. Aquellas reformas institucionales iban a desempeñar más adelante, tras la Segunda Guerra Mundial, un papel vital en la financiación de la construcción de urbanizaciones periféricas en torno a las ciudades estadounidenses. Aunque necesarias, no eran sin embargo suficientes para situar la construcción de viviendas en un plano diferente en el desarrollo económico estadounidense. Para promover la adquisición de viviendas, tanto por razones políticas como económicas, se diseñaron en 1947 todo tipo de incentivos tributarios (tales como la reducción de impuestos por intereses de la hipoteca), así como la Ley de Reajuste de los Soldados [GI Bill] y una ley de vivienda muy positiva en la que se declaraba el derecho de todos los estadounidenses a vivir en un «domicilio decente». Se fomentó ampliamente como algo central en el «Sueño Americano» la vivienda en propiedad, que aumentó desde un

³⁰ Véase la entrada «Cities in the Great Depression» en wikipedia.org.

poco más del 40 por 100 de la población en la década de 1940 hasta más del 60 por 100 en la de 1960 y cerca del 70 por 100 en su momento culminante en 2004 (en 2010 había caído al 66 por 100). La propiedad de la vivienda puede ser un valor cultural profundamente sentido en Estados Unidos, pero los valores culturales florecen particularmente cuando son promovidos y subvencionados por las políticas estatales. Las razones presentadas para tales políticas son todas las que menciona el Informe del Banco Mundial; pero la razón política raramente se reconoce ahora. Como se observó abiertamente en la década de 1930, los propietarios de casas agobiados por las deudas no van a la huelga³¹. El personal militar que volvía de la Segunda Guerra Mundial habría constituido una amenaza social y política si se hubiera encontrado con el desempleo y la depresión. ¿Qué medio mejor para matar dos pájaros de un tiro, reavivar la economía mediante la masiva construcción de viviendas y urbanizaciones periféricas e integrar a los trabajadores mejor pagados en una política conservadora mediante la propiedad de un domicilio cargado de deudas? Además, el fomento de la demanda mediante iniciativas públicas propició continuos incrementos de los valores en posesión de los propietarios, lo que podía ser muy satisfactorio para ellos pero era un desastre desde el punto de vista del uso racional del suelo y el espacio.

Durante las décadas de 1950 y 1960 esas iniciativas tuvieron éxito, tanto en el terreno político como en el macroeconómico, ya que sustentaron dos décadas de gran crecimiento en Estados Unidos, cuyos efectos se difundieron globalmente. La construcción de viviendas se desplazó a otro plano en relación con el crecimiento económico (véase la figura 4). Según Binyamin Appelbaum, «es una pauta recurrente que los estadounidenses se recuperan de las recesiones construyendo más casas y llenándolas de cosas»³². El

³¹ Martin Boddy, *The Building Societies*, Londres, Macmillan, 1980.

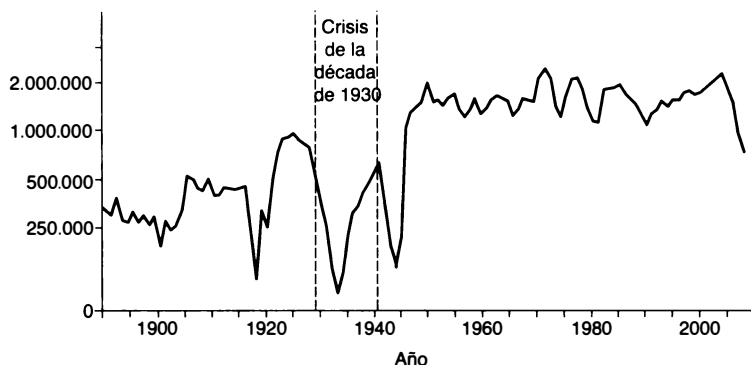
³² Binyamin Appelbaum, «A Recovery that Repeats Its Painful Precedents», *New York Times Business Section*, 28 de julio de 2011.

problema al final de la década de 1960 era que por muy dinámico que fuera el proceso de urbanización, era medioambientalmente insostenible y geográficamente desigual. La desigualdad reflejaba en gran medida las diferentes corrientes de ingresos que afluían a distintos sectores de la clase obrera. Mientras que la periferia de las ciudades crecía, su centro se estancaba y declinaba. La clase obrera blanca prosperaba, pero no sucedía lo mismo con las minorías afectadas en el centro de las ciudades, en particular los afroamericanos. El resultado fue toda una sucesión de levantamientos en ciudades como Detroit y Watts que culminaron en disturbios espontáneos en unas cuarenta ciudades de Estados Unidos a raíz del asesinato de Martin Luther King en 1968. Lo que llegó a conocerse como «la crisis urbana» era algo que todos podían ver y apreciar (aunque no era, estrictamente hablando, una crisis macroeconómica en el proceso de urbanización). A partir de 1968 se dedicaron abundantes fondos federales para afrontar este problema, hasta que el presidente Nixon declaró durante la recesión de 1973 (por razones presupuestarias) que la crisis había quedado atrás³³.

Un efecto colateral de todo esto fue que Fannie Mae se convirtió en una empresa privada con participación estatal en 1968, y después de que se le adjuntara en 1970 un «competidor», la Corporación Hipotecaria Federal [Federal Home Mortgage Corporation (Freddie Mac)], ambas instituciones desempeñaron un papel enormemente importante y finalmente destructivo en la promoción de la propiedad del domicilio y el fomento de la construcción de casas durante casi cincuenta años. Las deudas hipotecarias suponen ahora alrededor del 40 por 100 de la deuda privada acumulada en Estados Unidos, gran parte de la cual, como hemos visto, es tóxica; y tanto Fannie Mae como Freddie Mac han quedado bajo el control del gobierno. Qué hacer con ellas es una cuestión política intensamente debatida (como lo son las

³³ The Kerner Commission, *Report of the National Advisory Commission on Civil Disorders*, Washington DC, Government Printing Office, 1968.

Figura 4. Viviendas comenzadas a construir en Estados Unidos, 1890-2008



subvenciones a la demanda de la propiedad de viviendas) en relación con el endeudamiento estadounidense en general. Cualquiera que sea el resultado, tendrá importantes consecuencias para el futuro del sector inmobiliario en particular y de la urbanización más en general, en relación con la acumulación de capital en Estados Unidos.

La situación actual en Estados Unidos no es alentadora. El sector de la vivienda no se ha recuperado, y la nueva construcción de viviendas está deprimida y estancada. Hay señales de que se puede reproducir la recesión cayendo en la temida «W» al agotarse las ayudas federales sin que disminuya notablemente el desempleo. La construcción de nuevas viviendas ha caído por primera vez hasta niveles de antes de la década de 1940 (véase la figura 4). En marzo de 2011 la tasa de desempleo en la construcción estaba por encima del 20 por 100, frente a una tasa del 9,7 por 100 en la industria, muy cercana a la media nacional. No hay necesidad de construir nuevas casas y llenarlas de cosas cuando hay tantas vacías. La Reserva Federal de San Francisco «estima que la construcción no puede volver al nivel medio de actividad anterior a la burbuja hasta 2016, descartando que ese sector [tan] importante» influya positivamente en la recupera-

ción³⁴. Durante la Gran Depresión más de una cuarta parte de los obreros de la construcción permanecieron desempleados hasta 1939. Devolverles un empleo fue un objetivo crucial de las iniciativas públicas (como la Works Progress Administration). Los intentos del gobierno de Obama de crear un paquete de estímulos para las inversiones en infraestructuras se han visto en gran medida frustrados por la oposición republicana. Para empeorar aún más las cosas, el estado de las finanzas estatales y locales en Estados Unidos es tan sombrío que da lugar a despidos definitivos y temporales, así como salvajes recortes en los servicios urbanos. El colapso del mercado de la vivienda y la caída del 20 por 100 en su precio han dejado muy mermadas las finanzas locales, que dependen muy notablemente de los impuestos inmobiliarios. Los recortes de los gobiernos estatales y municipales y el estancamiento de la construcción están generando así una crisis fiscal urbana. Cuando tenemos en cuenta todo esto parece cada vez más como si la era de acumulación y estabilización macroeconómica en Estados Unidos posterior a la Segunda Guerra Mundial, impulsada por la construcción en la periferia urbana y el desarrollo de la vivienda en propiedad, hubiera llegado a su fin.

A todo esto se añade una política clasista de austeridad basada en razones políticas y no económicas. Los gobiernos republicanos de extrema derecha a nivel estatal y local están utilizando la llamada crisis de la deuda para sabotear los planes del gobierno federal y reducir el empleo público en sus jurisdicciones. Esta ha sido, por supuesto, una táctica de larga tradición del asalto inspirado por el capital a los programas públicos en general. Reagan redujo los impuestos a los ricos del 72 por 100 hasta alrededor del 30 por 100 y emprendió una carrera de armamentos con la Unión Soviética financiada mediante la deuda, que como consecuencia aumentó vertiginosamente durante su gobierno. Como señaló

³⁴ Binyamin Appelbaum, «A Recovery that Repeats Its Painful Precedents».

más tarde su director presupuestario David Stockman, el aumento de la deuda se convirtió en una excusa muy conveniente para menoscabar la regulación gubernamental (por ejemplo, sobre el medio ambiente) y los programas sociales, externalizando de hecho los costes de la degradación medioambiental y la reproducción social. El presidente Bush Jr. siguió fielmente su ejemplo, llegando a proclamar su vicepresidente Dick Cheney que «Reagan nos enseñó que el déficit no importa»³⁵. Las reducciones de impuestos para los ricos, dos guerras infundadas en Iraq y Afganistán, y un enorme regalo a las grandes empresas farmacéuticas mediante un programa de prescripciones médicas financiado por el estado, convirtieron lo que había sido un superávit presupuestario con el gobierno de Clinton en un océano de números rojos que ha permitido al partido republicano y a los demócratas conservadores obedecer al mandato del gran capital y llegar tan lejos como era posible en la externalización de los costes que el capital nunca quiere asumir, los de la degradación del medio ambiente y la reproducción social. El asalto contra el medio ambiente y el bienestar social es palpable, y tanto en Estados Unidos como en gran parte de Europa se está llevando a cabo por razones políticas y de clase, y no económicas. Está induciendo, como ha señalado muy recientemente David Stockman, un estado de guerra de clases. Como dijo también Warren Buffett: «Evidentemente hay una guerra de clases, y es mi clase, la de los ricos, la que la ha emprendido y la estamos ganando»³⁶. La única cuestión es: ¿cuándo comenzará el pueblo a responder a esa guerra de clases? Uno de los lugares donde podría empezar sería la rápida degradación de la calidad de la vida urbana, como consecuencia de los desahucios,

³⁵ Jonathan Weisman, «Reagan Policies Gave Green Light to Red Ink», *Washington Post*, 9 de junio de 2004, A11; William Greider, «The Education of David Stockman», *Atlantic Monthly*, diciembre de 1981.

³⁶ Warren Buffett, entrevistado por Ben Stein, «In Class Warfare, Guess Which Class Is Winning», *New York Times*, 6 de noviembre de 2006; David Stockman, «The Bipartisan March to Fiscal Madness», *New York Times*, 23 de abril de 2011.

la persistencia de prácticas depredadoras en el mercado de la vivienda, reducciones de servicios y sobre todo la falta de oportunidades viables de empleo en los mercados laborales urbanos casi en todas partes, habiendo quedado algunas ciudades (muy señaladamente Detroit) sin perspectivas reales de recuperación del empleo. La crisis es ahora más que nunca una crisis urbana.

PRÁCTICAS URBANAS PREDADORAS

Marx y Engels observaban de pasada en el *Manifiesto comunista* que, «tan pronto como el trabajador recibe su salario del fabricante que lo explota, caen sobre él otras porciones de la burguesía: el casero, el tendero, el prestamista, etcétera»³⁷. Los marxistas han relegado tradicionalmente tales formas de explotación y la lucha de clases (porque eso es lo que es) que surge inevitablemente en torno a ellas, a un segundo plano en su teorización, así como a los márgenes de su política. Yo quiero por el contrario argumentar aquí que constituyen, al menos en las economías capitalistas avanzadas, un vasto terreno de acumulación por desposesión, mediante la cual el dinero es absorbido hacia la circulación del capital ficticio para sostener las ingentes fortunas realizadas en el sistema financiero.

Las prácticas depredadoras, omnipresentes antes del crac del mercado de la vivienda en general y del de las hipotecas *subprime* en particular, alcanzaron entonces proporciones legendarias. Antes de que estallara la crisis principal, se estimaba que la población afroamericana de bajos ingresos en Estados Unidos había perdido ya entre 71 y 93 millardos de dólares mediante las prácticas depredadoras *subprime*³⁸. Las desposesiones llegaron en dos oleadas:

³⁷ Karl Marx y Friedrich Engels, *Manifiesto comunista*, Madrid, Akal, 2001, p. 31.

³⁸ Barbara Ehrenreich y Dedrich Muhammad, «The Recession's Racial Divide», *New York Times*, 12 de septiembre de 2009.

una menor entre el anuncio por Clinton de la iniciativa de 1995 y el colapso del fondo de inversión Long Term Capital Management en 1998, y la segunda, mayor, a partir de 2001, al mismo tiempo que las primas en Wall Street y las ganancias en el sector de las hipotecas aumentaban vertiginosamente, con tasas de beneficio inauditas en puras manipulaciones financieras, en particular las asociadas a la titulización de hipotecas de alto coste pero muy arriesgadas; lo que equivale a decir que se estaban produciendo transferencias masivas de riqueza de los pobres a los ricos por varios canales ocultos –más allá de las documentadas en las prácticas tenebrosas y a menudo ilegales de compañías hipotecarias como Countrywide–, mediante manipulaciones financieras en el mercado de la vivienda³⁹.

Lo que ha venido ocurriendo desde el *crac* es aún más asombroso. Muchos de los desahucios (más de un millón a lo largo de 2010) han sido ilegales, si no directamente fraudulentos, lo que ha llevado a un congresista de Florida a transmitir al Tribunal Supremo del estado que «si los informes que estoy recibiendo son ciertos, los desahucios ilegales realizados representan la mayor expropiación de propiedad privada intentada nunca por los bancos y entidades gubernamentales»⁴⁰. Los fiscales generales de los cincuenta estados están investigando ahora el problema, pero (como cabía esperar) la mayoría parecen deseosos de cerrar las investigaciones de una forma tan sumaria como sea posible, al precio de algunos acuerdos financieros (pero no la restitución de las propiedades ilegalmente expropiadas). En cualquier caso, nadie irá a la cárcel por ello, aunque existan pruebas claras de una falsificación sistemática de documentos legales.

Las prácticas predatoras de este tipo tienen una larga historia. Les ofreceré algunos ejemplos de Baltimore que conocí directamente. Poco después de llegar a la ciudad en 1969, participé en un

³⁹ Gretchen Morgenson y Joshua Rosner, *Reckless Endangerment*, cit.

⁴⁰ Kevin Chiu, «Illegal Foreclosures Charged in Investigation», *Housing Predictor*, 24 de abril de 2011.

estudio de la distribución de alojamientos en el centro de la ciudad que se centraba en el papel de distintos agentes –propietarios, inquilinos, caseros, prestamistas, intermediarios, la Federal Housing Administration y las autoridades de la ciudad (en particular el Housing Code Enforcement)– en la gestión de las aterradoras condiciones de vida en las áreas del centro de la ciudad dañadas por los disturbios a raíz del asesinato de Martin Luther King. Las huellas de prácticas discriminatorias en las zonas de población afroamericana con bajos ingresos a las que se negaban créditos estaban grabadas en el mapa de la ciudad, pero se justificaban entonces como una respuesta legítima al alto riesgo del crédito y no por razones étnicas. En varias áreas de la ciudad se podía detectar el fomento de la venta de propiedades pertenecientes a blancos agitando el espantajo de la invasión de su territorio por las minorías, actividad que generaba altos beneficios para compañías inmobiliarias despiadadas; pero para que esto funcionara, los afroamericanos debían contar con algún acceso a la financiación hipotecaria en lugar de ser tachados todos ellos de población de alto riesgo crediticio. Esto se pudo hacer mediante el llamado «Land Installment Contract». De hecho, los afroamericanos recibían la «ayuda» de propietarios que actuaban como intermediarios en los mercados de crédito y contrataban una hipoteca en su propio nombre; se suponía que al cabo de unos pocos años, cuando se hubiera pagado parte del principal de la deuda más los intereses, demostrando así la solvencia de la familia, el título de propiedad pasaría al residente con la colaboración del amistoso propietario y la institución hipotecaria local. Algunos lo consiguieron (aunque habitualmente en barrios cuyo valor disminuía), pero en manos pocas escrupulosas (y había muchas en Baltimore, aunque al parecer no tantas en Chicago, donde este sistema también era corriente) podía ser una forma particularmente predatoria de acumulación por desposesión⁴¹. El propietario podía cobrar tasas para

⁴¹ Lynne Sagalyn, «Mortgage Lending in Older Neighborhoods», *Annals of the American Academy of Political and Social Science* 465 (enero de 1983),

cubrir los costes administrativos y legales y cosas parecidas. Esas tasas (a veces exorbitantes) podían añadirse al principal de la hipoteca. Tras años de pago continuo, muchas familias se encontraban con que debían más sobre el principal que al principio. Si dejaban de pagar una sola vez las cuotas incrementadas tras la subida de los tipos de interés, el contrato quedaba anulado y las familias eran desahuciadas. Tales prácticas provocaron un escándalo. Se inició un proceso de Derechos Civiles contra los peores propietarios, pero fracasó porque quienes habían firmado el contrato de inquilinato no habían leído la letra pequeña ni habían hecho que sus abogados (que los pobres raramente tienen) la leyeran (la letra pequeña era en cualquier caso incomprensible para los mortales corrientes. ¿Ha leído alguien alguna vez la letra pequeña de su tarjeta de crédito?).

Las prácticas predatoras de ese tipo nunca han desaparecido del todo. El contrato de venta a plazos fue sustituido en la década de 1980 por prácticas de compraventa rápida [*flipping*] (el tratante compraba barato una casa deteriorada, realizaba unas cuantas reparaciones cosméticas –muy sobrevaloradas– y obtenía financiación hipotecaria «favorable» para el comprador inocente, que vivía en la casa mientras se no se le caía el techo encima o le estallaba el horno). Y cuando en la década de 1990 comenzó a formarse el mercado *subprime* como respuesta a la iniciativa de Clinton, ciudades como Baltimore, Cleveland, Detroit, Buffalo y otras se convirtieron en importantes centros para un creciente oleada de acumulación por desposesión (70 millardos de dólares o más en el conjunto del país). Baltimore acabó por presentar en 2008 una querrela de Derechos Civiles contra Wells Fargo por sus prácticas discriminatorias de préstamos *subprime* (al inducir a la gente a contratar esas hipotecas en lugar de las convencionales, con lo que los afroamericanos y familias uniparentales –encabezadas por mujeres– eran sistemáticamente explotadas). Es casi segu-

pp. 98-108; Manuel Aalbers (ed.), *Subprime Cities: The Political Economy of Mortgage Markets*, Nueva York, John Wiley, 2011.

ro que ese proceso no dará ningún resultado (aunque al tercer intento se ha permitido que siga adelante en el tribunal), ya que será casi imposible demostrar que la discriminación se basaba en la raza y no en el riesgo del crédito. Como suele suceder, la incomprensible letra pequeña da mucho margen (¡Ténganlo en cuenta los consumidores!). Cleveland siguió una vía más matizada: demandó a las empresas financieras por perjuicio público, ¡al haber quedado la zona llena de casas desalojadas que requerían ahora la acción cobertora de la ciudad!

Las prácticas predatorias que golpean especialmente a los más pobres, los más vulnerables y los menos privilegiados son incontables. Cualquier pequeña factura sin pagar (una licencia o la factura del agua, por ejemplo) puede convertirse en un pretexto para un embargo preventivo sobre el que el propietario de la vivienda permanece misteriosa (e ilegalmente) desinformado hasta después de que un abogado se ha hecho cargo de él de forma que la factura original por, digamos, 100 dólares, requiere un pago de 1.500 dólares para saldarla. Para la mayoría de los pobres, eso suele significar la pérdida de la propiedad de su domicilio. En la última ronda de ventas de embargos en Baltimore, un pequeño grupo de abogados compró a la ciudad facturas por valor de unos 6 millones de dólares. Si el margen de beneficio medio es del 250 por 100, pueden amasar una considerable fortuna si las cobran, y si no se quedan con propiedades potencialmente valiosas para el futuro desarrollo adquiriendo las propiedades.

Además de todo esto, se ha demostrado repetidamente que en las ciudades estadounidenses, desde la década de 1960, los pobres pagan habitualmente más por mercancías básicas inferiores como los alimentos, y que el deficiente servicio a las comunidades de bajos ingresos añade cargas financieras y prácticas indebidas a tales poblaciones. La economía de la desposesión de poblaciones vulnerables es tan activa como incesante. Aún más llamativa es la reducción ilegal de salarios sufrida por muchos trabajadores temporales y precarios de los sectores de bajos salarios en las principales ciudades como Nueva York, Chicago y Los Ángeles, tales

como pagas por debajo del salario mínimo, negativa a pagar las horas extras, o simplemente retrasos en el pago que en algunos casos podrían demorarse hasta varios meses⁴².

Lo que trato de sugerir al mencionar esas diversas formas de explotación y desposesión es que en muchas regiones metropolitanas tales prácticas generalizadas son sistemáticamente ejercidas sobre poblaciones vulnerables. Es importante reconocer cuán fácilmente puede recuperar el conjunto de la clase capitalista las concesiones a los trabajadores en los salarios reales mediante actividades depredadoras y explotadoras en el terreno del consumo. Para gran parte de la población urbanizada con bajos ingresos, la explotación implacable de su trabajo unida a la desposesión de sus escasos activos constituye un drenaje perpetuo de su capacidad de mantener condiciones mínimas adecuadas para la reproducción social. Esta situación exige la organización y respuestas políticas a escala de toda la ciudad (véase más adelante).

EL CUENTO CHINO

En la medida en que esta vez ha habido alguna vía de escape de la crisis global del capital, es notable que la expansión del mercado de la vivienda y la propiedad inmobiliaria en China, junto con una enorme oleada de inversiones infraestructurales financiadas mediante la deuda, haya asumido un papel principal, no solo como estímulo para su mercado interno (y la reabsorción del desempleo en los sectores exportadores), sino también de otras economías estrechamente ligadas a la china mediante el comercio, como las de Australia y Chile con sus materias primas y la alemana con sus

⁴² Annette Bernhardt, Ruth Milkman, Nik Theodore, Douglas Heckathorn, Michael Auer, James DeFillippis, Ana Gonzalez, Victor Narro, Jason Perelshteyn, Diana Polson y Michael Spiller, *Broken Laws, Unprotected Workers: Violations of Employment and Labor Laws in America's Cities*, Nueva York, National Employment Law Project, 2009.

exportaciones de máquina herramienta y automóviles. En Estados Unidos, en cambio, la construcción ha tardado mucho en recuperarse y la tasa de desempleo en la construcción, como señalaba antes, duplica cuanto menos la media nacional.

Las inversiones urbanas suelen tardar mucho en producir y necesitan aún más tiempo para madurar. Por eso es siempre difícil determinar cuándo una sobreacumulación de capital se ha transformado o está a punto de transformarse en una sobreacumulación de inversiones en el entorno construido. La probabilidad de excederse, tal como sucedió con los ferrocarriles en el siglo XIX y como muestra la larga historia de ciclos y depresiones en la construcción (incluida la debacle de 2007-2009), es muy alta.

La impetuosidad de la febril urbanización y la *boom* de la inversión en infraestructuras que están reconfigurando de arriba abajo la geografía del espacio nacional chino descansa en parte en la capacidad del gobierno central para intervenir arbitrariamente en el sistema bancario si algo va mal. Una recesión relativamente suave en el mercado inmobiliario de las principales ciudades como Shanghái a finales de la década de 1990 llevó a los bancos a hacerse con una gran variedad de «activos sin ganancias» (a los que ahora llamamos «tóxicos»), muchos de los cuales estaban basados en el desarrollo urbano e inmobiliario. Estimaciones no oficiales situaron en esa categoría hasta un 40 por 100 de los préstamos bancarios⁴³. La respuesta del gobierno central fue utilizar sus abundantes reservas de divisas extranjeras para recapitalizar los bancos (una versión china de lo que más tarde se conocería como el Programa de Alivio de Activos con Problemas [Troubled Asset Relief Program (TARP)] en Estados Unidos). Se sabe que el estado empleó unos 45 millardos de dólares de sus reservas de divisas con ese fin a finales de la década de 1990, e indirectamente pudo utilizar mucho más; pero a medida que las instituciones chinas funcionan de forma más coherente con los mercados financieros glo-

⁴³ Keith Bradsher, «China Announces New Bailout of Big Banks», *New York Times*, 7 de enero de 2004.

bales, al poder central le resulta más difícil controlar lo que sucede en el sector financiero.

Los informes que nos llegan ahora desde China se parecen incómodamente a lo que sucedió en el suroeste de Estados Unidos y en Florida durante esta última década o en la misma Florida en la de 1920. Desde la privatización general de la vivienda en China en 1998, la especulación y la construcción se han disparado de forma espectacular. Se informa que el precio de vivienda ha aumentado un 140 por 100 en el conjunto del país desde 2007, y hasta un 800 por 100 en las principales ciudades como Beijing y Shanghái durante los últimos cinco años. En esta última ciudad los precios en el sector se han duplicado durante el último año. El precio medio de un apartamento se ha situado en torno a los 500.000 dólares (en un país donde el PIB per cápita fue de 7.518 dólares en 2010), e incluso en ciudades de segundo orden una vivienda típica «cuesta alrededor de veinticinco veces los ingresos medios anuales de los residentes», lo que es claramente insostenible. Todo esto indica que la construcción de viviendas y edificios comerciales, por rápida y vasta que sea, no se está manteniendo a la par con la demanda real y menos aún con la demanda efectiva anticipada⁴⁴. Una consecuencia de esto es el surgimiento de fuertes presiones inflacionistas que han inducido al gobierno central a utilizar varios instrumentos para restringir el gasto incontrolado de los gobiernos locales.

El gobierno central confiesa abiertamente su preocupación de que

en gran parte del país el crecimiento siga vinculado al gasto inflacionario en el desarrollo inmobiliario y la inversión pública en carreteras, ferrocarriles y otros proyectos infraestructurales por valor de

⁴⁴ Para una revisión general, véase Thomas Campanella, *The Concrete Dragon*, cit. Yo también traté de presentar un panorama general del rápido proceso de urbanización en China en el cap. 5 de *A Brief History of Neoliberalism*, cit. [ed. cast.: cit., pp. 131-166].

millardos de dólares. En el primer trimestre de 2011 la inversión en activos fijos –una medida genérica de la actividad constructora– subió un 25 por 100 con respecto al mismo periodo del año anterior, y la inversión en propiedades inmobiliarias aumentó un 37 por 100⁴⁵.

Esta inversión «equivale ahora a alrededor del 70 por 100 del producto interior bruto del país». Ningún otro país se ha aproximado a ese nivel en los últimos años. «Ni siquiera Japón, en la cumbre de su *boom* constructor en la década de 1980, sobrepasó el 35 por 100, y la cifra se ha mantenido durante décadas en torno al 20 por 100 en Estados Unidos.»

«Los esfuerzos de las ciudades han contribuido a que el gasto público en la construcción de viviendas e infraestructuras sobrepase al comercio exterior como el mayor contribuyente al crecimiento de China»⁴⁶. Las colosales adquisiciones de suelo y desplazamientos de proporciones legendarias en algunas de las principales ciudades (más de 3 millones de personas desplazadas en Beijing durante los últimos diez años) indican que junto a ese enorme impulso urbanizador se da en la totalidad de China un proceso muy activo de desposesión. Los desplazamientos y desposesiones forzadas están entre las causas más importantes del aumento de las protestas populares, a veces violentas.

Las ventas de suelo a los promotores han servido como gallina de los huevos de oro para llenar las arcas de los gobiernos locales; pero a principios de 2011 el gobierno central ordenó su contención a fin de poner orden en un mercado inmobiliario descontrolado y evitar las desposesiones de tierras, a menudo brutalmente realizadas, que estaban ocasionando tanta resistencia. Esto creó

⁴⁵ David Barboza, «Inflation in China Poses Big Threat to Global Trade», *New York Times*, 17 de abril de 2011; Jamil Anderlini, «Fate of Real Estate Is Global Concern», *Financial Times*, 1 de junio de 2011; Robert Cookson, China Bulls Reined in by Fears on Economy», *Financial Times*, 1 de junio de 2011.

⁴⁶ Keith Bradsher, «China's Economy is Starting to Slow, but Threat of Inflation Looms», *New York Times*, Business Section, 31 de mayo de 2011.

dificultades presupuestarias a muchos gobiernos municipales. El «brusco aumento de la deuda de los gobiernos locales y los escasos controles sobre el endeudamiento de compañías inversoras» (muchas de ellas patrocinadas por los gobiernos locales) son ahora consideradas un importante riesgo para la economía china que arroja una espesa sombra sobre las perspectivas de crecimiento para el futuro, no solo en China, sino también a escala mundial. En 2011 el gobierno chino estimaba la deuda municipal en unos 2,2 billones de dólares, equivalente a «casi un tercio del producto interior bruto de la nación». Puede que el 80 por 100 de esta deuda corresponda a las compañías de inversión no registradas, patrocinadas por los gobiernos municipales aunque no formen parte estrictamente de ellos. Esas son las organizaciones que están construyendo, a enorme velocidad, tanto las nuevas infraestructuras como los edificios emblemáticos que hacen tan espectaculares las ciudades chinas; pero la deuda acumulada por los municipios es enorme. Una oleada de impagos «podría convertirse en un gran lastre para el gobierno central, que a su vez mantiene una deuda de alrededor de 2 billones de dólares»⁴⁷. La posibilidad de un colapso seguido por un largo periodo de «estancamiento al estilo japonés» es muy real. El frenazo del crecimiento económico chino en 2011 está produciendo ya reducciones en las importaciones, que repercutirán a su vez en todas las regiones del mundo que han prosperado gracias al impulso del mercado chino de materias primas.

Entretanto han surgido en el interior de China ciudades totalmente nuevas, sin apenas residentes o actividades reales, propiciando un curioso programa de anuncios publicitarios en la prensa de negocios estadounidense para atraer inversores y empresas a esta Nueva Frontera urbana del capitalismo global⁴⁸. El desarro-

⁴⁷ Wang Xiaotian, «Local Governments at Risk of Defaulting on Debt», *China Daily*, 28 de junio de 2011; David Barboza, «China's Cities Piling Up Debt to Fuel Boom», *New York Times*, 7 de julio de 2011.

⁴⁸ David Barboza, «A City Born of China's Boom, Still Unpeopled», *New York Times*, 20 de octubre de 2010.

llo urbano desde mediados del siglo XIX, si no antes, ha sido siempre especulativo, pero la escala especulativa del desarrollo chino parece ser de un orden mucho mayor que todo lo que se ha visto antes en la historia urbana, lo que también significa que la liquidez excedente en la economía global con necesidad de ser absorbida, que se expande exponencialmente, tampoco había sido nunca tan colosal.

Al igual que durante el *boom* de las urbanizaciones periféricas en Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial, cuando se tienen en cuenta todos los complementos y accesorios de las viviendas queda claro que el *boom* de la urbanización en China está desempeñando un papel central como estímulo de la recuperación del crecimiento económico global para una amplia variedad de bienes de consumo aparte de los automóviles (en los que China se envanece ahora de ser el mayor mercado del mundo). «Según algunas estimaciones, China consume alrededor del 50 por 100 de mercancías globales clave y materiales como cemento, acero y carbón, y la propiedad inmobiliaria china es el principal impulsor de esa demanda»⁴⁹. Dado que más de la mitad del acero consumido acaba en el entorno construido, esto significa que una cuarta parte de la producción mundial de acero está siendo absorbida ahora por esa actividad. Pero China no es el único lugar donde se puede observar ese *boom* de la construcción. Todos los países BRIC parecen estar siguiendo su ejemplo. Los precios inmobiliarios se han duplicado tanto en São Paulo como en Río de Janeiro el año pasado, y en India y Rusia se vive una situación similar; pero todos esos países, cabe observar, están experimentando junto a elevadas tasas de crecimiento fuertes corrientes inflacionistas. Los acelerados procesos de urbanización tienen claramente mucho que ver con la rápida recuperación de los efectos de la recesión de 2007-2009.

La cuestión es: ¿hasta qué punto es sostenible esa recuperación, dadas sus raíces en desarrollos urbanos en gran medida es-

⁴⁹ Jamil Anderlini, «Fate of Real Estate is Global Concern», *Financial Times*, 1 de junio de 2011.

peculativos? Los intentos del gobierno central chino de controlar su *boom* y contener las presiones inflacionistas elevando las exigencias de reservas a sus bancos no han tenido demasiado éxito. Ha surgido un «sistema bancario en la sombra» estrechamente relacionado con las inversiones en suelo y construcción, difícil de seguir y controlar y que emplea nuevos instrumentos de inversión (análogos a los que surgieron durante la década de 1990 en Estados Unidos y Gran Bretaña). Como consecuencia de la aceleración de las desposesiones de tierras y la inflación se están multiplicando los disturbios. Llegan informes de acciones de protesta de los conductores de taxis y camiones en Shanghái y de repentinas huelgas salvajes en las fábricas de las áreas industriales de Guangdong como respuesta a los bajos salarios, malas condiciones de trabajo y subida de los precios. Los informes oficiales sobre las protestas han aumentado espectacularmente y se han tomado medidas para ajustar los salarios y para controlar la creciente agitación y estimular el mercado interno como sustituto de los mercados exportadores más arriesgados y estancados (el consumo chino solo supone actualmente el 35 por 100 del PIB, frente al 70 por 100 en Estados Unidos).

Todo esto debe ser entendido, no obstante, teniendo en cuenta las medidas concretas que adoptó el gobierno chino para afrontar la crisis de 2007-2009. El principal efecto de la crisis en China fue el repentino colapso de las exportaciones (en particular hacia Estados Unidos), con una caída del 20 por 100 a principios de 2009. Varias estimaciones razonablemente fiables sitúan el número de empleos perdidos en el sector exportador en unos 30 millones durante un periodo muy corto en 2008-2009; pero en el otoño de 2009 el FMI informaba de que la pérdida neta de empleos sin China era solo de 3 millones⁵⁰. Parte de la diferencia entre la pérdida bruta de puestos de trabajo y la neta puede deberse al regreso de

⁵⁰ International Monetary Fund/International Labour Organization, *The Challenges of Growth, Employment and Social Cohesion*, Geneva: International Labour Organization, 2010.

trabajadores emigrados a las ciudades a su lugar de origen rural al perder el empleo. Otra parte se debe sin duda a la rápida recuperación de las exportaciones y a la recontractación de trabajadores antes despedidos; pero el resto se debe casi con seguridad a la puesta en práctica por el gobierno de un enorme programa de estímulos de inversión urbana e infraestructural de tipo keynesiano. El gobierno central añadió 600 millardos de dólares adicionales a lo que era ya un gran programa de inversiones infraestructurales (un total acumulado de 750 millardos de dólares asignados a la construcción de 13.000 kilómetros de vías férreas de alta velocidad y otros 17.000 de vías tradicionales, aunque esas inversiones están ahora en peligro tras un accidente de un tren de alta velocidad que sugiere un diseño deficiente o incluso la corrupción en la construcción)⁵¹. El gobierno central instruyó simultáneamente a los bancos para que prestaran generosamente a todo tipo de proyectos locales de desarrollo (incluidos los sectores de la construcción y las infraestructuras) como forma de absorber la mano de obra excedente. Ese enorme programa estaba destinado a propiciar la recuperación económica. El gobierno chino asegura ahora que creó alrededor de 34 millones de nuevos empleos entre 2008 y 2010. Ciertamente parece haber tenido bastante éxito en su objetivo inmediato de absorber gran parte de la mano de obra excedente, si las cifras del FMI sobre las pérdidas netas de empleo son correctas.

El problema principal es, por supuesto, si tales gastos públicos caen dentro de la categoría de gastos «productivos» o no, y en caso afirmativo, qué es lo que producen y para quién. Muchos espacios construidos, como el enorme centro comercial cerca de Dongguan, permanecen casi vacíos, como sucede con algunos de los rascacielos que pueblan el paisaje urbano en casi todas las ciudades. Y luego están las nuevas ciudades vacías que esperan gente e industrias que lleguen a poblarlas. Sin embargo, no cabe duda de que el espacio nacional chino se va a beneficiar de una

⁵¹ Keith Bradsher, «High-Speed Rail Poised to Alter China, but Costs and Fares Draw Criticism», *New York Times*, 23 de junio de 2011.

integración espacial más profunda y más eficiente, y superficialmente al menos la vasta oleada de inversiones infraestructurales y proyectos de urbanización parecería estar haciendo justamente eso, vinculando el interior subdesarrollado a las regiones costeras más ricas y el norte escaso en agua con el bien regado sur. A escala metropolitana, los procesos de crecimiento y regeneración urbana también parecen llevar las técnicas modernas a la urbanización, junto con una diversificación de actividades (incluidas todas las instituciones culturales y del sector del conocimiento, ejemplificadas por la espectacular Expo de Shanghái, tan características de la urbanización neoliberal en Estados Unidos y en Europa).

El desarrollo chino reproduce y exagera en ciertos aspectos el que se dio en Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial. Durante aquellos años el sistema de autovías interestatales integró al sur y al oeste de Estados Unidos, y esto, unido a las urbanizaciones en la periferia de las ciudades, desempeñó un papel crucial en mantener tanto el empleo como la acumulación de capital; pero el paralelismo es instructivo también en otros sentidos. El desarrollo estadounidense a partir de 1945 no fue solo derrochador en su uso de la energía y el suelo; también generó, como hemos visto, una crisis particular de las poblaciones marginadas, excluidas y rebeldes de las ciudades, que suscitó una serie de respuestas políticas a finales de la década de 1960. Todo esto se desvaneció tras el *crac* de 1973, cuando el presidente Nixon declaró en su discurso sobre el estado de la Unión que la crisis urbana había quedado atrás y que se restringiría la financiación federal. El efecto a escala municipal fue una crisis de los servicios urbanos en Estados Unidos desde finales de la década de 1970, con las aterradoras consecuencias de la degeneración en la escuela pública, la sanidad pública y la disponibilidad de alojamientos accesibles.

La acelerada estrategia de inversión urbana e infraestructural en China está uniendo esas dos tendencias en muy pocos años. El tren de alta velocidad entre Shanghái y Beijing es bueno para los hombres de negocios y la clase media alta, pero no representa el

tipo de transporte accesible que puede llevar a los trabajadores a su lugar de origen para festejar el Año Nuevo chino. De forma parecida, los grandes bloques de apartamentos, las comunidades de acceso restringido, los campos de golf para los ricos, o los centros comerciales de lujo no contribuyen realmente a reconstituir una vida cotidiana decente para las masas empobrecidas y descontentas. Este desequilibrio del desarrollo urbano siguiendo líneas de clase va de hecho mucho más allá de China; se está produciendo igualmente en India así como en innumerables ciudades de todo el mundo donde coexisten concentraciones emergentes de poblaciones marginadas con una urbanización muy modernista y consumista para una minoría cada vez más rica. La cuestión de cómo tratar a los trabajadores empobrecidos, precarizados y excluidos que constituyen ahora en muchas ciudades una gran mayoría de la población y pueden aspirar a constituir un bloque de poder mayoritario y dominante se está convirtiendo en un importante problema político, una de cuyas consecuencias es que la planificación militar se concentra cada vez más en el eventual enfrentamiento con movimientos de base urbana potencialmente revolucionarios.

Pero en el caso chino esta evolución tiene una interesante derivada. La trayectoria del desarrollo desde el inicio de la liberalización en 1979 se basaba en la idea de que la descentralización es una de las mejores formas para ejercer un control centralizado. Se trataba pues de permitir a los gobiernos regionales y municipales, e incluso de los pueblecitos y barrios, buscar su propia mejora dentro de un marco de control centralizado y coordinaciones de mercado. Las iniciativas locales con más éxito servían de base para la formulación de los planes del gobierno central.

Las noticias que llegan desde China sugieren que la transición del poder anticipada para 2012 afronta una alternativa compleja. La atención se centra en la ciudad de Chongqing, donde desde hace unos años se viene practicando una política supuestamente radical que se aparta de las basadas en el mercado retomando la redistribución socialista dirigida por el estado, empleando además

una retórica de inspiración maoísta*. Ese modelo ponía en primer plano «la cuestión de la pobreza y la desigualdad». El gobierno «encauzaba los beneficios obtenidos en el mercado por las empresas de propiedad estatal hacia proyectos socialistas tradicionales, utilizando sus ingresos para financiar la construcción de viviendas accesibles y estructuras de transporte». El plan de vivienda suponía en un «gigantesco programa de construcción» para «proporcionar apartamentos baratos a una tercera parte de los 30 millones de residentes» en la ciudad y su área metropolitana. «El gobierno municipal espera construir veinte ciudades satélites, cada una con una población de 300.000 habitantes, de los que 50.000 vivirán en alojamientos subvencionados por el estado.» El propósito de este proceso enormemente ambicioso (contrario al consejo del Banco Mundial) era reducir las crecientes desigualdades sociales que han surgido durante las dos últimas décadas en toda China y servir de antídoto a los proyectos impulsados por promotores privados de comunidades de acceso restringido para los ricos; pero como contrapartida acelera la desposesión de la tierra de los campesinos, a los que empuja a una urbanización forzada que también suscita el descontento y la protesta, que a su vez da lugar a una respuesta represiva cuando no autoritaria.

Este retorno a una agenda redistributiva socialista, utilizando al sector privado para finalidades públicas, ha proporcionado un modelo para el gobierno central, que planea construir 36 millones de alojamientos accesibles durante el quinquenio iniciado en 2010. De esta forma se propone resolver el problema de la absorción de capital excedente al mismo tiempo que ofrece una vía para urbanizar a buena parte de la población rural, absorber el trabajo excedente y (con suerte) disipar el descontento popular ofreciendo un

* En marzo de 2012 el secretario del Partido Comunista Chino en Chongqing, Bo Xilai, fue apartado de su cargo y al mes siguiente fue expulsado del Politburó a causa de la presunta implicación de su esposa en el asesinato de un hombre de negocios británico, con lo que se puso fin a la «desviación Chongqing». [N. del T.]

alojamiento razonablemente seguro a los menos privilegiados⁵². Detectamos ahí ecos de la política urbana en Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial: mantener el crecimiento económico ganándose a una población potencialmente descontenta mediante la seguridad en la vivienda. El reverso es el crecimiento de una oposición a veces violenta a las necesarias expropiaciones de tierras (aunque los chinos parecen aceptar el eslogan maoísta de que «no se puede hacer una tortilla sin cascar los huevos»).

Pero en otras regiones de China, en particular en las ciudades costeras y meridionales como Shenzhen, existe un modelo de desarrollo distinto basado en el mercado. Ahí la solución propuesta es muy diferente. Se pone mayor énfasis en la liberalización política y en lo que suena como una democracia urbana más burguesa, junto con una profundización de las iniciativas de mercado libre, aceptando la creciente desigualdad social como un coste necesario del crecimiento económico y la competitividad. En este momento parece todavía imposible predecir por qué vía optará el gobierno central. El punto clave es el papel de las iniciativas de base urbana en el impulso de unas u otras opciones de futuro; pero los medios para llegar a ese futuro parecen firmemente insertos en una alternativa polarizada entre estado y mercado.

Los efectos de la urbanización de China durante las últimas décadas han sido simplemente descomunales y han sacudido al mundo con sus consecuencias. La absorción en proyectos de urbanización de liquidez excedente y capital sobreacumulado, en un momento en el que parece difícil hallar otras oportunidades rentables, ha mantenido ciertamente la acumulación de capital, no solo en China, sino en gran parte del resto del mundo durante los últimos años de crisis. Sigue sin estar claro sin embargo lo estable que pueda ser esa solución. Las crecientes desigualdades sociales (China es ahora el tercer país del mundo en cuanto al número de millonarios en dólares), la degradación medioambiental (que hasta el gobierno chino admi-

⁵² Peter Martin y David Cohen, «Socialism 3.0 in China», the-diplomat.com; Jamil Anderlini, «Fate of Real Estate is Global Concern».

te abiertamente), junto con múltiples signos de exceso y sobrevaloración de activos en el entorno construido, sugieren que el «modelo» chino no carece de serios problemas y que podría fácilmente dejar de ser el gran benefactor, para convertirse de la noche a la mañana en el vástago más problemático del desarrollo capitalista.

Si este «modelo» fracasa, el futuro del capitalismo parece muy oscuro. Eso significaría que la única vía abierta sería atender más creativamente a la posibilidad de explorar alternativas anticapitalistas. Si la forma capitalista de urbanización está tan plenamente inserta en la reproducción del capitalismo y resulta fundamental para esta, eso significaría también que para cualquier intento de poner en pie una alternativa anticapitalista sería decisivo hallar formas alternativas de urbanización.

LA URBANIZACIÓN DEL CAPITAL

La reproducción del capital pasa por los procesos de urbanización por múltiples vías; pero la urbanización del capital presupone la capacidad del poder de clase capitalista de dominar el proceso urbano. Esto implica la dominación de la clase capitalista, no solo sobre los aparatos de estado (en particular los aspectos del poder estatal que administran y gobiernan las condiciones sociales e infraestructurales dentro de las estructuras territoriales), sino también sobre toda la población: su forma de vida así como su capacidad de trabajo, sus valores culturales y políticos así como sus concepciones del mundo. Ese nivel de control no se alcanza fácilmente, si es que llega a alcanzarse. La ciudad y los procesos urbanos que produce son por tanto importantes focos de la lucha política, social y de clase. Hasta ahora hemos examinado la dinámica de esa lucha desde el punto de vista del capital. Queda por tanto por examinar el proceso urbano –sus aparatos y restricciones disciplinarias así como sus posibilidades emancipadoras y anticapitalistas– desde el punto de vista de todos los que intentan ganarse la vida y reproducir su cotidianidad en el seno de ese proceso urbano.